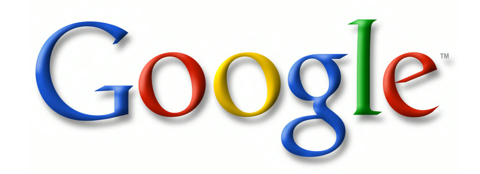




VIGILIAS

del

ESTÍO.

VIGILIAS DEL ESTÍO.

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.



Madrid.

BOIX, EDITOR.

IMPRENTA Y LIBRERIA, CALLE DE CARRETAS, NUMERO 8.

1842.

PROSPECTO.

¡Cuán serena y pacífica levanta
su modesto fanal la tibia luna,
y con sus tintas de misterio encanta
cuanto debajo de su faz se aduna!

¡Cuánta bella ilusion nos aparece
en la estension del campo solitario,
que se acerca ó se vá, que mengua ó crece,
al soplo inquieto del ambiente vario!

¡Oh! tras el sol de perezoso dia
de julio abrasador, que el alma enerva
cuando en lugar de luz rayos envia
que agostan flores, árboles y yerba

Se ensancha el corazon: el alma sube
del entusiasmo en alas, y se encumbra,
y de astro en astro vá, de nube en nube,
hasta que clara inspiracion la alumbra.

Y esa es la mia: en la nocturna vela
de julio ardiente, el pensamiento mio
con noble inspiracion se encumbra y vuela;
y estas son mis *Vigilias del Estío.*

—

Nada profano hay en ellas
Lector, no hay en sus renglones
mas que viejas tradiciones
y acaso fábulas bellas.
No tienen mas intencion
que hacer humilde memoria
de nuestra pasada historia,
de nuestra fé y religion.

—

Y abrevio anuncios prolijos.
Lector, dar puedes en suma
cuanto salga de mi pluma
á tu muger y á tus hijos.

¡Fálteme la luz del sol
si algo *impío* ni *estrangero*
que haya en mis escritos quiero,
que al cabo nací español.

JOSÉ ZORRILLA.

A MI AMIGO

DON CARLOS LATORRE.

José Zorrilla.

EL TALISMAN.

LEYENDA TRADICIONAL.



INTRODUCCION.

Adora el pobre Genaro
á la hermosa Valentina,
correspóndele ella fina,
pero les cuesta bien caro.

Porque entre ambos á dos media
viejo y celoso un tutor,
y al cabo vendrá su amor
à concluir en trajedia.

Pues en la audiencia togado,
y poderoso en la corte,
no hay empresa que no aborte
como en ello esté empeñado.

Toda Sevilla respeta
su ciencia, y teme su enojo:

que el viejo es hombre de arrojo,
y no hay quien le ponga meta.

Con fama de rectitud,
y harto hipócrita esterior,
es un hombre superior
en justicia y en virtud.

Tal vez le odia la nobleza,
y el populacho le acata,
que es de euna (hablando en plata)
columpiada en la bajeza.

Y à su genio emprendedor,
y á su ingenio y travesura
debe el verse en tal altura
y gozar tanto favor.

Tal es el hombre que tienen
por enemigo estos mozos,
y que agua todos sus gozos;
mas con su suerte se avienen.

Y ellos à amarse constantes,
y él à perseguirles fiero
nadie cederà primero,
ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
rica Valentina y bella,
y el tutor prendado de ella...
mala esperanza concibo.

Cuanto nuevas ocasiones
imaginan los mancebos,
tanto el tutor halla nuevos
estorbos y precauciones.

Si abre la niña una reja
y el aya avizor elude,
luego á cerrársela acude
la cócora de la vieja.

Si al volver del Arenal
por desgracia se hace noche,
la llevan dentro del coche,
pero lejos del cristal.

Y en vano es que la sofoque
todo el calor de Sevilla;
no haya miedo que el golilla
junto al vidrio la coloque.

Jamàs del uno se aparta,
ni deja el otro la dueña,

que puede hacer una seña,
ó arrojar alguna carta.

Pero por mucho que avaro
la guarda el viejo y la esconde,
no encuentra lugar en donde
ocultarla de Genaro.

A cada paso en secreto
muda casa, mas se aburre
pues por mucho que discurre
jamàs consigue su objeto.

Y cuando mas se imagina
seguro en algun rincon,
alcanza desde un balcon
à Genaro en la otra esquina.

Tal cariño, vive Dios!
en Valentina le asombra;
luego el mozo es una sombra,
siempre de ella y dél en pos.

Y no hay medio de ahuyentarle,
pues son inútiles trazas
las súplicas y amenazas
con que ha querido ganarle.

De sus amagos y ofertas
sin temor y sin deseo
pónele el mozo bloqueo
por ventanas y por puertas.

Imposible es libertarse
de sus tretas y asechanzas;
las mas justas esperanzas
no llegan á realizarse.

Con negra intencion traidora
y de su toga al amparo
piensa el golilla en Genaro:
mas Valentina le adora.

En vano el audaz tutor
osó una tarde de hinojos
con lágrimas en los ojos
decirla su torpe amor.

En vano el viejo iracundo
al oir una repulsa
juróla con voz convulsa
por cuanto hay santo en el mundo

No descansar un instante
hasta que á su amor sucumba,

ó abrirla una misma tumba
con su aborrecido amante.

Todo fué en vano: la bella
Valentina enamorada
cada vez mas empeñada
siguió sin temor su estrella,

Y un dia y otro pasaba
y siempre que él la pedia
respuesta á su amor oia
un *nó* que nunca variaba.

Y asi en amarse constantes,
y él en perseguirles fiero,
nadie cederá primero,
ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
rica Valentina y bella,
y el tutor prendado de ella...
mala esperanza concibo.

Así adora el buen Genaro
á la hermosa Valentina,
mas el pagarle tan fina
tal vez la cueste muy caro.

I.

Poseia no lejos de Sevilla
el tutor una quinta retirada
y alegre á maravilla,
de olivos y naranjos rodeada,
con un fresco jardin embellecida,
con prolijo primor enriquecida
y por Guadalquivir fecundizada.

Aqui, cansado de sufrir desvios
de Valentina hermosa,
pensó acabar con sus amantes brios
en estrecha prision, larga y penosa.
La niña temerosa
á sus solas lloró su desventura,
mas cobró en su retiro fortaleza
la fé de su pasion, y mas segura
ahondó raices con mayor firmeza.
Cada dia el tutor mas apretaba
la molesta estrechez en que yacía,

pero mas firme cada vez la hallaba
y mas enamorada cada dia.

Y á través de las rejas
á su Genaro enviaba Valentina
sus amorosas quejas,
en alas de la errante golondrina
que colgaba su nido
en el hueco roido
de unas paredes viejas;
teniendo en su prision por compañeros
los pájaros del aire
y el rumor de los céfiros ligeros.

Mas ¡ay! en vano, en vano noche y dia
á Genaro en sus rejas esperaba,
Genaro no venia,
que su cuita y su cárcel no sabia,
ó su amor y su cárcel olvidaba.

Cansados de llorar sus bellos ojos,
pálidas con el llanto sus mejillas,
y el coral mustio de sus labios rojos
oyen tan solo el ¡ay! de sus enojos
las lejanas estrellas amarillas:
y á manos de su duelo y amargura
se marchita su cándida hermosura.

Mansa una noche y silenciosa estaba:
radiaba en ella espléndida la luna
y su diáfana luz reverberaba
en el terso cristal de la laguna.
Gozábanse los ojos á lo lejos
por la estension del campo solitaria
en la varia ilusion de sus reflejos,
que iluminaban la campiña varia:
y allá se distinguia
por la fértil llanura
del granado y naranjo la verdura,
y el campo igual, voluble y amarillo
de la pagiza mies ya sazonada,
y mucha parte en haces preparada
para el áspero trillo,
que de la caña inútil
vá á separar el grano
ausiliado del céfiro liviano.

Lloraba como siempre su destino
la niña enamorada
los ojos de Sevilla en el camino,
y en su Genaro el ánima estasiada:
y asi con triste acento
daba sus ayes al nocturno viento:

«—¡Triste de mí que lloro
»sin que mis ayes lleguen
»al corazon que adoro!

»¡Triste de mí, que me lamento en vano!
»paloma cuyo arrullo dolorido
»llama á su blanco esposo, que ha caido
»de oculto cazador bajo la mano
muy lejos de su amor y de su nido.
»Triste de mí que imploro
»ayuda de quien amo,
»y sordo á mi reclamo
»aun si me escucha ignoro!
»Triste, triste de mí, que á solas lloro
»sin que mis ayes lleguen
»al corazon que adoro!»

Y aquí llegaba de su amarga queja
cuando á través de la cruzada reja
y entre la sombra oscura
que el olivar cobija en su espesura,
cual blanca aparicion consoladora,
llegar bajo sus rejas vió á deshora
recatada de un hombre la figura.
Latió su corazon al percibirle
con doble libertad y doble vida,
y entre sus hierros con afan asida
los brazos le tendió por recibirle,
que ya la dijo el corazon bien claro
que aquella aparicion es su Genaro.

VALENTINA.

Cuánto por verte suspiré, amor mio!

GENARO.

Y yo cuanto corrí por encontrarte!

VALENTINA.

Ya no pensaba mas que en tu desvío.

GENARO.

Y yo en nada pensé mas que en salvarte.

VALENTINA.

Me amas, Genaro, aún?

GENARO.

Mas que á mi vida,
mas que al ambiente que á tus pies respiro,
diérala alegre yo por bien perdida
por ahorrarte ¡mi bien! solo un suspiro.

VALENTINA.

¡Pobre Genaro! ¡y yo que imaginaba
que tu amor hácia mi se amortiguaba!
¡Ah! perdona, Genaro, mi locura;
no fué desconfianza en tu cariño

fué mi desolacion, fué mi amargura.

GENARO.

¡Oh Valentina mia!
si no me amáras tú cual yo te adoro
no acertára á vivir un solo dia.
Tú eres mi luz, mi suerte, mi tesoro:
tú, Valentina bella,
eres la blanca estrella
que mi esperanza por la tierra guia.
Sí, tras de tí camino noche y dia
postrándome á besar tu casta huella.

VALENTINA.

Ni yo puedo sin verte
pasar, Genaro, en soledad mi vida,
y si ha de ser sin tí, venga la muerte,
que yo la doy tambien por bien perdida
si no la he de gozar para quererte.

GENARO.

Pues bien, si no hay fortuna
sin mi amor para tí, ni lisongera
sin mí no alcanzas existencia alguna,
huye conmigo á la ocasion primera.
Mil veces ¡ay! propuesto te lo hubiera
si mi contraria suerte

mas venturoso porvenir me abriera.
Yo nada puedo darte,
nada puedo ofrecerte,
mi Valentina, mas que idolatrarte,
y amarte como á Dios hasta la muerte.
Harto, hermosa, lo lloro,
mas tal es mi fortuna á pesar mio
y mi destino tal; vivo y te adoro,
y de la suerte con tu amor me rio.

VALENTINA.

Sí, bien dices, Genaro,
tienes razon, mi corazon es tuyo.
De mi tutor avaro
en la ocasion primera
libre contigo donde quieras huyo.

GENARO.

¡Oh tal resolucion...!

VALENTINA.

Genaro mio,
ya no puedo arrostrar mi desventura.
callártela queria,
mas imposible es ya, porque desgarra
tan amargo pesar el alma mia.
Sabe, Genaro, que el infame viejo

no satisfecho con gozar mi herencia
que administra sin tino y sin consejo,
aun tiene la insolencia
de ofrecerme un amor que me destroza
las entrañas de rabia y de pavura;
y paga mis desaires con usura,
y en mis pesares con furor se goza.

GENARO.

¡Esto, cielo piadoso,
me faltaba no mas! ¡ah! pronto, huyamos;
aun me quedan amigos
que pobres como yo, pero valientes,
de mi pesar y de mi amor testigos
aun querrán ayudarme diligentes.
¿Hay alguna ventana
que al campo dé, sin rejas que la guarden?

VALENTINA.

Una hay, pero es, Genaro, empresa vana,
porque es de un aposento
cuyo paso me impide gruesa puerta,
que solo cada dia, y un momento
se vé una vez por mi tutor abierta.

GENARO.

No importa, dí cuál es, que ya habrá medio

de romperla ó abrirla,
que á todo estoy resuelto y decidido.

VALENTINA.

Desde ese estanque puedes percibirla.

GENARO.

Sin entrar al jardin puedo escalarla,
y si me aguardas tú junto á esta puerta,
yo medio inventaré de franquearla.

VALENTINA.

¡Oh sálvame, Genaro!
por amor de tu madre, si la tienes,
por cuanto tengas en el mundo caro.

GENARO.

Sí, Valentina, si en mi amor confias
mañana mismo en la callada noche
ó á manos, sí, de las industrias mias,
ó á la fuerza sino salvarte espero.
Conozco á un capitan de una fragata,
amigo fiel y noble caballero,
que á bordo admitirá dos desdichados:
y el suelo de la Italia protectora
se abrirá á dos amantes espatriados;
que á la Italia arribar será en buenhora.

Daránme allí mi espada ó mis pinceles,
ó la honrada fortuna del soldado,
ó la fortuna espléndida de Apeles:
Que todo con tu amor será sobrado.
Sonó en esto una llave, y percibiendo
por las junturas, luz de una ventana,
fuese Genaro á la espesura huyendo,
diciéndose los dos «hasta mañana.»

Quien en el cuarto entró de Valentina
fué su tutor, el juez; porque Genaro
acechando á favor de la espesura,
en la ventana vió clara y distinta
aparecer del viejo la figura.
Vióla tender los brazos,
y cerrar las vidrieras,
y la luz interior ir á pedazos
menguando, al entornarse las maderas.
Vió la luz á través de las junturas
largo tiempo brillar, y oyó acercándose
la voz del juez inteligible apenas,
ora con voces de dureza llenas
creciendo, ora en murmullos apagándose.
Oyó á la niña replicar á veces,
y otras quejarse y prorumpir en llanto,

mas no entendió por mas que estuvo atento
lo que dentro pasó del aposento.
Mil veces quiso de su escucha en tanto
su secreto romper sin miramiento;
mil veces al oir de Valentina
el angustiado acento
su corazon anduvo
entre el miedo y la cólera indeciso,
y al jardin de saltar tentado estuvo
la mansion asaltando de improviso.
Quedó en silencio al fin el aposento,
faltó la luz de adentro, y no escuchando
llanto, ni voz, ni paso, ni gemido
el infeliz galan, fuese alejando,
recordando el acento dolorido
con que su amada hermosa
le dijo congojada y afanosa:
«¡Ay, sálvame, Genaro,
»por amor de tu madre, si la tienes,
»por cuanto tengas en el mundo caro!»
Y á este recuerdo los amantes ojos
tornando á la ventana,
«sí, dijo el triste, volveré mañana.»

II.

Está la siguiente noche
encapotada y oscura,
veladas entre nublados
las estrellas y la luna.
Yace la quinta en silencio,
y no penetra ni alumbra
el resplandor mas escaso
de alguna lámpara turbia,
ni de una puerta el encaje,
ni las estrechas junturas
de una ventana, que en sombra
todo en redor se sepulta.
Oyese solo el murmullo
con que en las ramas susurran
las ráfagas desiguales,
que los olivares cruzan.
De la chicharra el chirrido
allá á lo lejos se escucha,
que la tormenta vecina
con áspero canto anuncia:

y el eco sordo y lejano
del trueno, que en las alturas
de nube en nube se arrastra,
de nube en nube retumba.
Allá en el negro horizonte
por dó la tormenta surca
de cuando en cuando un relámpago
se inflama con luz sulfúrea.
Y á su esplendor fugitivo
se aclaran en la llanura
cuantos objetos la llenan
en muchedumbre confusa.
La media noche sonaba,
y comenzaba la lluvia,
cuando dejaba Genaro
del olivar la espesura,
seguido de dos mancebos
que hicieron su causa mútua,
resueltos á poner cabo
á la mas árdua aventura.
Valientes como él son ambos,
y como él desde la cuna,
sin mas apoyo en el mundo
que su espada y su bravura;
sin mas porvenir que el tiempo,
ni otra hacienda que la tumba,
mas dignos como él entrambos

de mas pródiga fortuna.
Con cautelosa prudencia
pisando la tierra húmeda,
hasta el estanque llegaron
que con la casa se junta.
Sobre él daba una ventana,
ni baja, ni á tanta altura
que no pudiera salvarse
aunque difícil y mucha.
Aquí soltando su capa
y colgando á su cintura
sus preparadas pistolas,
Genaro un punto calcula
con la distancia, sus fuerzas,
se empina, se encoje, duda,
y abalanzándose osado
salta por fin y se oculta.
Quedó otra vez en silencio
la escena en la sombra muda,
y afuera los dos amigos
nada oyen por mas que escuchan.
En tanto á solas Genaro
en las tinieblas procura
dar con puerta que le guie
á encontrar con lo que busca.
Dentro de su pecho late
con agonía profunda

su corazon, á quien negros
presentimientos asustan.
Las solitarias estancias
el ruido menor no turba,
ni escasa las ilumina
la lamparilla mas mustia.
El aire que á bocanadas
por los aposentos zumba
y que la cara le azota
claramente le asegura
de que las puertas abiertas
están; y parece en suma
que está desierta la quinta,
y su esperanza difunta.
Llamar á veces intenta
á los de fuera en su ayuda,
mas teme engañarse, y teme
que sus voces le descubran.
Con planta perdida mide
toda la estancia que ocupa,
todas las paredes toca,
todos los trechos calcula.
Dió al fin con un picaporte:
álzale con tiento, empuja,
cede la puerta, y á tientas
pasa el dintel, y ¡oh ventura!
por una abierta ventana

se asoma, y mucho se ofusca,
ó es la del mismo aposento
que á su Valentina oculta.
Sí, reconoce las rejas,
y la encrucijada curva,
que hasta el olivar conduce,
y que protegió su fuga
cuando en la noche anterior
en su visita nocturna,
sus pláticas la llegada
del tutor rompió importuna.
¿Mas cómo allí no le espera
su amor? ¿será que reusa
Valentina el pronto amparo
que de él invocó en su angustia?
Valentina, ¿dónde estas?
¿no me conoces? pregunta
en la oscuridad Genaro:
mas su corazon se turba,
y sus rodillas flaquean,
y de desconsuelo suda
al ver que su voz no tiene
correspondencia ninguna.
¡Valentina mia! esclama
con desolada amargura,
¡Valentina mia!... y solo
mia los ecos retumban.

Los brazos tiende en la sombra,
y se avanza á la ventura,
mas nadie se arroja en ellos,
nadie le responde nunca.
Brilló un relámpago acaso,
y á su rápida y sulfúrea
llamarada, hirió un objeto
sus ojos, que el llanto anubla.
Tendió las manos al sitio
donde le vió, y ropas húmedas
tocó de un lecho, y un brazo
de muger.—Le asió convulsa
su mano... ¡Dios infinito!
¿no hay un rayo que reduzca
un desdichado á ceniza
cuando tal cáliz apura?
Aquel brazo frio asiendo
el cuerpo á que se une busca,
mas al arribar sus manos
á la garganta desnuda,
cayó Genaro en el suelo
sin sentidos que le acudan,
porque *no halló la cabeza*
al tronco sangriento junta.

Pasaba en tanto la noche
y el agua caia á mares,
el espantoso nublado
sobre la tierra rasgándose.
Cansados ya los amigos
de Genaro de esperarle,
y viendo que el tiempo corre,
y de la quinta no sale,
por la ventana treparon
en voz prudente llamándole.
Mas viendo con harto asombro
que no les responde nadie,
asiendo de una linterna
que al caso dispuesta traen,
diéronla luz y se entraron
el aposento adelante.
Todos estaban desiertos;
todas las puertas sin llaves;
todo por tierra en desórden
el ostentoso mueblaje;

muchas cerraduras rotas,
y rotos muchos cristales.
Todo mostraba en la quinta
de algun reciente pillaje,
ó algun siniestro atentado
las evidentes señales.
Mas ¡cuánto fué de los mozos
el horror de intenso y grande
al dar tras de pocos pasos
en un cuarto donde yace
Genaro tendido en tierra
y el suelo nadando en sangre,
y en una alcoba en un lecho
de una muger el cadáver!
El cuadro de su ignominia
si les achacan el lance
fué la idea que en su mente
vino primero á aclararse.
No era el amor de Genaro
allí lo mas importante,
no era su vida ó su muerte
el resultado mas grave:
era su honor, pues si al cabo
por ladrones les tomasen,
pagáran en un patíbulo
lo que en sus almas no cabe.
Asieron pues de Genaro

por un resto bien laudable
de una amistad generosa;
mas que de poco les vale:
porque no bien se inclinaron
en brazos para elevarle,
(pues ni se mueve ni alienta)
cuando á las voces de *¡infames!*
de *¡asesinos!* y *¡ladrones!*
¡á ellos! ¡prenderles! ¡matarles!
el aposento asaltaron
domésticos y jayanes,
con hoces y podaderas,
con asadores y sables.
Sin que pudieran valerse
la multitud de ellos ase,
de maldiciones é injurias
y de improperios llenándoles.
El crímen lamentan unos,
claman otros por vengarle,
y por do quiera retumban
rezos, juramentos, ayes.
Volvió Genaro á la vida
con el tumulto un instante;
cercáronle al punto todos,
y él que ni entiende, ni sabe
lo que pasa en torno suyo,
con absortos ademanes

miró, y con ojos estúpidos
en silencio á todas partes.
¿Y Valentina? este nombre
de su duelo única frase,
recuerda á todos á un tiempo
todo el horror de aquel trance.
¡*Mira!* dijo el juez cogiéndole
de las manos, y arrastrándole
de su pupila hasta el lecho,
¡*mira tu obra, miserable!*
¡Dios mio! esclamó Genaro
con la cabeza abrazándose
de su hermosa Valentina
que el juez le puso delante:
¡Dios mio! esclamó, y con ella
segunda vez desplomándose
quedó al pie sin movimiento
del destroncado cadáver.
Brilló una sonrisa horrible,
aunque imperceptible casi,
sobre los trémulos lábios
del tutor, y señalándole
dijo: del crímen, señores,
las pruebas están palpables,
horrorízale esa muerte,
pues la conoce, la sabe.

Tal es la justicia humana,
los juicios del hombre tales!
la luz del próximo sol
por mas radiante que sale
no pudo á los tres amigos
iluminar el semblante,
porque sus rayos no llegan
al calabozo en que yacen.

Yacen sí, con la inútil esperanza
de la fé y la razon de su inocencia;
mas ¡ay! de la justicia en la balanza
poco pesa por cierto la conciencia.
Nada los dos del lance han comprendido,

nada responderán, pues nada saben:
lo que han visto dirán, lo que han oido,
mas no habrá á quien agraven
el crímen cometido.
A Genaro! imposible! la adoraba,
mas luz ni pensamiento no tenia;
solo en ella pensaba,
á ella tan solo por do quier veia.
Mas ¿qué ha de responder, pobre insensato,
á quien la luz de la razon no asiste?
¿Qué ha de decir el triste
si ni oye, ni pronuncia, ni imagina
mas que el nombre fatal de Valentina?
Sus ojos con estúpida mirada
do quiera que los fija se mantienen,
y ni mira, ni vé, ni piensa nada.
Solo un objeto que en su mente vive
sus ojos y su mente ante sí tienen,
qúe su sér y su luz de ellos recibe:
la pálida y castísima cabeza
de aquella idolatrada Valentina,
siempre de amor tesoro y de belleza,
objeto ¡ay Dios! de su mortal tristeza,
pero siempre á sus ojos peregrina.
El rápido y terrible
trastorno universal de sus ideas,
solo este objeto le dejó visible,

y aquel contorno pálido y sangriento
aquel rostro agostado y macilento
tan solo á sus sentidos perceptible,
es la oculta razon de su demencia,
y el móvil de su mísera existencia.
Ya ante su vista como blanco sueño
benéfica vision consoladora
se presenta risueño,
y el pobre loco en su ilusion la adora.
Ya cual sombra fatídica enojada
en las nocturnas horas evocada
de Genaro á los ojos se presenta,
en roncas voces demandando airada
de su venganza dolorosa cuenta:
y ante ella el pobre loco prosternado
contemplando su sangre horrorizado,
se agita y se amedrenta.
Y los ayes que exhala en su despecho
el angustiado mozo,
estremeciendo el cóncavo y estrecho
y oscuro calabozo
llegan del carcelero hasta el oido,
que á su voz suspirando estremecido
compadece su afan desde su lecho.
En vano á recio poste maniatado,
de sus amigos por piedad velado
está continuamente,

mas fiero cada dia y mas demente
se torna el desdichado.
En vano demandáronle los jueces
declaracion verídica y sucinta
de la fatal historia de la quinta;
por mas que repitiéronle mil veces
la idéntica pregunta
nunca mas respondió que insensateces,
y de ellas nada el tribunal barrunta;
nada por él descubre ni adivina.
Y si por caso el que demanda nombra
á su bella y perdida Valentina,
ante él evoca su tremenda sombra,
y el infeliz Genaro en el instante
á su nombre funesto enloqueciendo,
con sus gritos la sala ensordeciendo,
con su ademan y gesto delirante
demuestra lo que su alma está sufriendo:
y de su amada en su ilusion amante
la cabeza fatal tiene delante.
Los jueces de su mal enternecidos
compasivos le absuelven,
y á su prision le vuelven
de donde salen pocos,
mas de donde él saldrá sin duda alguna
para dar por su pésima fortuna
en una jaula de hospital de locos.

¡Ay! pobre amante, cuyo amor tan raro
te obliga á rescatar tu triste vida
con tu razon, y en tu razon perdida
tu salvacion está! ¡Pobre Genaro,
que al hospital del calabozo pasa,
cuanto le cuesta caro
el hospedaje de su nueva casa!

III.

Eran seis años despues.
¿Quién diablos mentaba ya
ni á la hermosa degollada,
ni al loco del hospital?
Los bienes de la pupila
gozaba el tutor en paz,
y si á alguien pertenecian
no osaba de ellos hablar.
Que era el juez hombre de cuenta,
y en sus manos ademas
estaba el látigo puesto
de la justicia humanal.
Asi las mas de las veces
las cosas del mundo van!
Pero cortemos á tiempo
esta charla lenguaraz,
pues á los críticos toca
maldecir y murmurar:
pues tienen ya la costumbre
de encontrarlo todo mal,

y yo á Dios gracias encuentro
que bien este mundo vá
y... con mi cuento prosigo.
No lejos de la ciudad
de Córdoba, y de Sevilla
sobre el camino real,
habia en mil setecientos
año menos ó año mas,
un famoso ventorrillo
llamado del Sarmental.
Ventorrillo se llamaba
y con justicia en verdad,
pues á la altura de venta
no supo nunca llegar.
Era una mansion cuadrada
que con perfecta equidad
cerraba en sola una pieza
cocina, cuadra y pajar.
Es decir que el ventorrillo
era hablando en realidad
un portal que á duras penas
pudiera ser palomar,
donde á comer ni á dormir
se han detenido jamas
sino pobres peregrinos,
mendígos ó gente tal.
En una tarde de marzo,

y como dicho se está
del año mil setecientos,
del ventorrillo al umbral
dos mancebos platicaban
de continente galan.
Lloraban de gozo entrambos
hablándose con afan,
y tiernamente abrazándose
y tornándose á abrazar,
dándose pruebas continuas
del cariño mas cordial,
preguntando y respondiendo
sin dejarse respirar.

EL UNO.

¿Con que de Florencia?

EL OTRO.

—Sí.

EL PRIMERO.

¿Bueno del todo?

EL SEGUNDO.

No á fé;
por mas que lo procuré
jamás me restablecí.

Muy débil quedóme el juicio,
y hay, Federico, ocasiones
en que tengo distracciones
que parecen maleficio.
Mas del trabajo á favor
mi cuerpo se robustece
cada dia, y me parece
que voy de bien á mejor.

FEDERICO.

¿Con qué trabajas?

EL OTRO.

Me afano.

FEDERICO.

¿Y utilidad te reporta
tu trabajo?

EL OTRO.

Nada corta,
que estudié mucho y no en vano.

FEDERICO.

Siempre te fué la escultura
arte predilecto.

EL OTRO.

Nombre
y honra me diò, y soy otro hombre
desde mi fatal locura.

FEDERICO.

¿Mas cómo fué de ese mal
la curacion?

EL OTRO.

Muy sencilla;
al año y medio en Sevilla
me echaron del hospital.
Dijéronme... vuestra cura
se acabó y...

FEDERICO.

Pobre Genaro!

EL OTRO.

Yo viéndome sin amparo
acogíme á mi escultura.
En los seis meses primeros
viví con suma escasez,
mas dióme una obra en Jerez
unos pocos de dineros.
Con ellos á Italia fuí,

y allí menos importuna
mi desdicha, hice fortuna:
mas me punzaba ¡ay de mí!
el deseo de volver
á mi patria de tal modo,
que al fin lo he dejado todo
sin poderme contener.
Díjeme: tengo algun oro
y alguna celebridad,
volvamos á la ciudad
donde está cuanto yo adoro.
Y héme aquí ya, Federico,
que vuelvo al fin á Sevilla
con mi escasa fortunilla,
y el arte á que me dedico.

FEDERICO.

Contigo allí me tornára
de buena gana en verdad,
si urgente necesidad
volverme no me estorbára.
Pero mi madre me espera
que á morir próxima está,
y tal vez no llego ya
tan pronto como quisiera.

EL OTRO.

Pues Federico, adelante,
nuestro camino sigamos,
que á tu madre la robamos
un consuelo en cada instante.
Parte y que te ayude Dios.

FEDERICO.

Si un dia á vernos volvemos...

EL OTRO.

Oh! no lo dudes, seremos
hermanos siempre los dos.
Tú encarcelado por mí
sufristes...

FEDERICO.

No hablemos de eso,
si estuve dos años preso
fué sin culpa, y ya salí.

EL OTRO.

Siempre generoso amigo.

FEDERICO.

Y siempre tuyo, Genaro,

pronto á partir sin reparo
cuanto poseo contigo.

Y aqui con lágrimas tiernas
se tornaron á abrazar
tomando con su caballo
su camino cada cual.
Y creo lector, discreto,
que no necesitas mas
para saber quiénes eran
el que vuelve y el que vá.
Sin embargo, si con esto
aun satisfecho no estás ,
en lo que queda de historia
puedes el fin encontrar.

IV.

En vano seis largos años
en tierra estraña de ausencia
Genaro entre las memorias
puso de su edad primera;
que las sombras que le manchan
el cuadro de su existencia,
cuanto mas tienen de antiguas,
tienen de firmes y negras.
El bello sol de la Italia
no pudo desvanecerlas,
porque las sombras del alma
la luz del sol no penetra.
Mientras entregado al arte
vivió Genaro en Florencia,
adormidos sus recuerdos
se hicieron sentir apenas.
Débiles fueron sus ayes,
cortas sus sentidas quejas,
porque el tiempo y la distancia
mucho las memorias merman.

De tarde en tarde confusas
entre torbas y halagüeñas
de sus antiguos pesares
le asaltaban las ideas.
Mas cual de cosas pasadas
se le ocurrian inciertas,
sin verdadero carácter
y sin forma verdadera.
Aquella frondosa quinta
entre cuya doble reja
de Valentina alcanzaba
la peregrina cabeza,
era un recuerdo amoroso,
no una aparicion siniestra,
era un manantial fecundo
de deliciosa tristeza.
No via el semblante amado
sobre la gola sangrienta
pidiendo á voces venganza,
no, que amorosa y risueña
se presentaba á sus ojos
su Valentina hechicera,
como la noche en que pudo
bajo su ventana verla.
Y aunque jamás de su alma
borrarse la imágen pueda,
como un amuleto místico

mantiénese dentro de ella,
y su espíritu acompaña,
mas conformidad perpetua
guarda con él, y aunque triste
su espíritu no atormenta.
Y cuanto menos horribles
de sus memorias le cercan
las visiones, cuanto mas
se debilitan y aténuan,
mas de su antigua locura
las fatales consecuencias
desaparecen, y logra
su ánima calma completa.
Mas esto ¡ay Dios! fué en Italia,
donde la gente y la tierra,
cuanto mira y cuanto siente,
de sus memorias le aleja.
Mas al entrar en Sevilla
donde todo le recuerda
sus infortunios pasados,
se acrecentaron sus penas.
Tornó á ser de sus memorias
insensiblemente presa,
y á trastornarse tornaron
débilmente sus ideas.
Al pararse de la cárcel
ante las guardadas puertas,

recordósele la causa
porque fué encerrado en ella.
Al pasar del hospital
ante la fachada esterna,
estremecióse al recuerdo
de su abandono y miseria.
Y aquella frondosa quinta
á cuya reja en Florencia
de Valentina alcanzaba
sonriendo la cabeza,
tornábasele en espejo
de apariciones siniestras,
que trastornaban la suya
con sus miradas horrendas.
Huérfano y desconocido
Genaro en Sevilla entera
(pues hoy se oculta indolente
y antes no célebre en ella),
sin un amigo tan solo
que distraerle pudiera,
pasa su vida ignorada
en soledad y tristeza.
Y si habla es con Valentina,
con Valentina si sueña,
por Valentina si vive,
y á Valentina si reza.
Si dia y noche afanado

mármol desbasta y modela,
á Valentina los trazos
de su cincel representan.
Ni piensa en su porvenir,
ni en las relaciones piensa,
que pueden fama lográndole
honor lograrle y hacienda.
En poco estima la gloria,
y en menos su vida aprecia,
y abandonado á sí mismo
no vé lo que le rodea.
En una mezquina casa
de una oscura callejuela
junto á la muralla vive,
de la quinta la mas cerca.
El camino de Carmona
contínuamente pasea
desde la puerta á la quinta,
desde la quinta á la puerta.
Tal vez volviendo á deshora
el muro cerrado encuentra,
y al raso pasa la noche,
pues en el campo se queda.
Pobre Genaro! En su pecho
con su soledad funesta
al fuego de las memorias
su amor antiguo fermenta.

Y asi tal vez poco á poco
su mente se desordena,
su cuerpo se debilita,
y sus manías empiezan.

V.

Mayo espiraba: y su postrero dia
entre nubes de azul púrpura y grana
la cenicienta claridad tendia
de la primera luz de la mañana.
Para gozar sus rayos bienhechores
entreabrian sus cálices las flores,
manso alzaban las ráfagas murmullo
en la hojaresca espesa,
variando de la luz los mil colores,
y á su tranquilo arrullo
despertaban los pardos ruiseñores.
Todo era calma, resplandor y vida
por la fertil llanura,
y la tierra en las sombras adormida
tornaba á despertar juvenecida,
debiendo al nuevo sol nueva hermosura.
Del oscuro aposento de Genaro
por la estrecha ventana,
la claridad temprana
penetrando pacífica y tranquila

hirió, cobrando resplandor mas claro
del desvelado mozo la pupila.

Tal vez cansado de nocturna vela
ó de afanosos sueños agitado
la recoge el mancebo alborozado
con ojo avaro y delicioso empeño;
porque la vista de la luz consuela
las amargas memorias de su sueño.

Sacó Genaro de la ropa el brazo,
y abriendo de su reja las maderas,
del puro firmamento vió un pedazo
al mirar á traves de las vidrieras.
Brotó en su lábio celestial sonrisa,
la lumbre del placer brilló en sus ojos,
y ante el único Dios, sumo é inmenso,
de quien la gloria y magestad divisa
tras el azul estenso,
postróse humilde y le adoró de hinojos.

Llegó á él embriagando sus sentidos
el blando soplo de la fresca brisa,
y en ella los perfumes recogidos
al tocar en las ramas olorosas,
blancas acacias y encendidas rosas
en los vergeles con abril floridos.
Llegó á él el susurro deleitoso
de los copados árboles vecinos,
donde el gorrion inquieto y receloso

pios lanzaba pretendiendo trinos.
Llegó hasta él el son de la campana
que el alba anuncia y á asistir convoca
á su misa temprana,
y las pisadas rápidas ó graves
de vecinos asaz madrugadores,
ya siervos, ya señores,
que abriendo puertas y volviendo llaves,
cumpliendo su destino ò sus placeres,
iban á sus recreos ò quehaceres.
«Hermoso dia» murmurò Genaro,
y al avanzar su cuerpo á la ventana,
en talante le vino
la hermosura gozar de la mañana.
Vistiòse pues alegre y presuroso
y al campo ameno enderezó el camino.
De la ciudad atravesò la puerta
vecina á su mansion, como solia
siempre que de ella cada vez salia,
con perezoso paso y ruta incierta.
Mas tomò como siempre ancho sendero
que á la quinta fatal conduce y guia,
donde tuvo y perdiò su amor primero.
Cuanto por él sus pies adelantaban,
mas los recuerdos de su amor crecian,
y en su fiel corazon se revelaba
do escondidos vivian.

Sus ojos avarientos
por cima de los olmos corpulentos
ansiaban alcanzar el edificio
donde tuvo su amor templo y sepulcro,
donde fué de su amor el sacrificio.
Y en la lejana matinal nieblina,
que huyendo al sol turbaba el horizonte
imaginaba sobre el pardo monte
la blanca aparicion de Valentina.
Y el infeliz mancebo
en su ilusion dichosa
de nueva fé con el impulso nuevo,
con sonrisa amorosa
los brazos ¡ay! á la vision tendia,
y palabras de amor la dirigia.
Mas al ir á abrazar tanta belleza
desvanecido su fantasma vano
le presentaba su delirio insano
su ensangrentada y lívida cabeza.
Y entonces descarriado el pensamiento
y su mente en sus juicios mal segura
vacilaba un momento,
y volvia un momento á su locura;
y ciego y deliraute
se lanzaba veloz por la llanura,
y en esta situacion tan congojosa,
alguna vez de su perdida hermosa

la cabeza fatal le iba delante.
Hasta que al fin rendido á su fatiga
donde mas no podia se sentaba,
y en penoso letargo reposaba,
y á su juicio volvia:
aunque siempre quedaba
presa infeliz de su fatal manía.
En posicion tan triste,
con tales enemigos interiores
y en hora tan temprana
paseaba Genaro esta mañana
por campiña feraz que mayo viste
de césped blando y de silvestres flores.
La alegría y belleza
que ostenta por do quier naturaleza,
sus negros y continuos pensamientos
disipa; de sus íntimos tormentos
su corazon librando y su cabeza.
Dulce melancolía
prueba su corazon tan solamente,
y dulce y melancólica memoria
de su amorosa historia
guarda y halaga su tranquila mente.
Las palabras sabrosas
recuerda que su amada
le dirigió amorosas
en la ciudad, la reja ó la enramada:

ya en misteriosa cita,
ya en cariñosa carta,
ó en oculta visita,
que alma de amante en amorosa cuita,
de memorias de amor nunca se harta.
Y asi exhalando en apenado acento
las ideas del triste pensamiento
las reducia á voces
de nadie oidas, y del suave viento
perdidas en las ráfagas veloces.
—«¡Ay, Valentina mia,
á quien espero en vida mas dichosa
encontrar otra vez, y en mejor dia!
Solo de esta esperanza
la luz en la existencia me mantiene,
y solo este consuelo
á darme fuerzas y valor alcanza
para creer en la equidad del cielo.
¡Ay! que fuera de mí si esta creencia
dentro del corazon se me apagàra,
y contigo gozar nunca esperára
mas larga y mas feliz otra existencia!
Imposible. Ese Dios de cuya mano
brotó la creacion y en un instante
la alumbró con su soplo soberano
ese sol encendido, rutilante:
Ese Dios, cuyo afan, cuyo cariño

Ese Dios cuyo afan, cuyo cariño,
paternalmente cuida
del imperfecto sér que nace niño
sin medios de guardar su débil vida;
que el camino señala á los torrentes
lo mismo que á los límpidos arroyos,
abriendo á sus vertientes
sulcos escasos ó profundos hoyos;
que dá á los mares, y á los campos galas
y esquisitos primores,
criando en sus espaldas y en sus senos
peces los unos, y los otros flores,
perlas aquellos, nácar y corales,
y éstos rosas y pródigos frutales
ambos de vida y de hermosura llenos:
Ese Dios que en los cóncavos espacios
de los aires sutíles
los astros y las aves sembró á miles,
y en las noches oscuras
sostiene con lazadas de topacios
su pabellon azul en las alturas;
que para igual destino hizo perfecto
el corazon del hombre y del insecto,
que en ambos puso del amor la llama
y al darlos una hermosa compañera
al hombre y al insecto dijo: ¡ *ama,*
tuya es mi creacion, gózala entera!

Ese Dios que con término y medida
su señalado imperio
marcó á la muerte y concedió á la vida,
con leyes de oscurísimo misterio;
es imposible que lo mismo mida,
y concluya lo mismo
con la flor ó el insecto
que vive ó que vejeta
sin otra liga que el nativo afecto
que á la tierra y raices les sujeta,
y con el hombre á quien fatal destino
de su dicha terrena
de abrojos y pesar siembra el camino.
Es imposible, no.—Cuando él enciende
en el hombre el fanal de la esperanza
mas noble porvenir darle pretende,
dicha mas perenal al hombre alcanza.

En estos pensamientos embebido
se alejaba Genaro de Sevilla
por sendero escondido
en la umbría enramada,
y de un arroyo por la amena orilla
de césped tapizada.
Y absorto en sus ideas de esperanza,
y seguro en la fé de su destino,
de un porvenir de amor y bienandanza
seguia, sin pensar en su camino,

á pasos avanzando desiguales,
ya rápidos ya lentos
que ciertas daban, á mi ver, señales
de su desigualdad de pensamientos.
Alzó por fin los ojos
tras largo andar, oyendo
de agua cercana y mucha el ronco estruendo,
y entre espesos abrojos
y antiguas yerbas que à su par brotaron
una arruinada ermita vió delante,
que ya de largos años olvidada
las lluvias y los vientos maltrataron.
No lejos de sus restos esparcidos
de musgo y de maleza revestidos,
y de impuros reptiles habitados,
Guadalquivir corria,
y al monumento viejo
en su fondo de arenas ofrecia
claro y seguro, aunque voluble espejo;
mostrando cuanto son breves y vanas
las fortunas mundanas.
Aun quedaba en un nicho
sobre la angosta puerta
una imájen del Santo su patrono,
y en la capilla lóbrega y desierta
un giron del dosel do tuvo un trono.
Aun del altar al pie podia verse

inscripcion imposible de leerse,
nombres del fundador que allí yacía,
sepultura olvidada
como otras muchas que en redor tenia.
Contempló su interior un breve instante
Genaro, y á partir se disponia
cuando delante de sus pies, vacía,
de la nada humanal leccion severa
destroncada en el polvo
halló una solitaria calavera.
Palideció Genaro en su presencia
y su fé vaciló, y la duda amarga
se alzó en su corazon, y en su conciencia.
—«¿Y es esto, dijo, tras de vida larga
en lo que para al fin nuestra existencia?
¡Ay de los hombres si esto solamente
les queda de su espíritu y esencia!»
Y esta idea girando
en su mente exaltada
de una en otra induccion le fue llevando
en lucha pertinaz consigo mismo
al tenebroso abismo
de una duda infernal desesperada.
—«Si esto somos no mas (triste decia)
¿qué es de nosotros, Valentina mia?
purísima inocente criatura
del Hacedor privilegiada hechura,

que en opresion viviste y en tormento,
¿qué premio alcanza tu virtud segura?
¿qué consuelo á tu vida de amargura
si eres polvo no mas que esparce el viento?»
Y esta idea fatal le amedrentaba
y á esta idea fatal desesperaba.
Con temblorosa mano
y con ojos de lágrimas henchidos
sostenia y miraba al resto humano,
cuya faz por el polvo consumida
falta de voz, de aliento y de sentidos,
no podia decirle para ayuda
de su espantosa duda
el *mas allá* de la afanosa vida.
Al fin con voz doliente y lastimera
dijo al polvo volviendo
la seca calavera.
—«¡Ay si de aquella en cuya lumbre vivo
y por quien ser del Hacedor recibo
memoria fueras, último despojo,
calavera espantosa,
¡con cuán sagrado afan te recogiera!
Noche y dia llevándote conmigo,
ídolo de mi fé por donde quiera
tu fueras siempre de mi amor testigo,
tú de mi soledad la compañera,
tú en mi desolacion mi único amigo.»

Y fijando tristísima mirada
en el despojo yerto,
quedó su alma un instante anonadada
en la duda por nadie penetrada
del porvenir incierto.
Hasta que al fin lanzando
hondo suspiro del doliente pecho
volvió á decir pisando
de la capilla en el umbral estrecho:
«Quédate á Dios, giron desconocido,
y si cerca de tí viene algun dia
el desolado espíritu perdido
que en tu centro vivia,
dile que busque al de mi amante hermosa
en la region oscura y misteriosa
donde van los espíritus que tiran
la cáscara mortal que les encierra
en su penoso viage por la tierra.
«Dile, dile que busque á Valentina,
y postrado de hinojos
ante su faz divina
mi soledad la cuente y mis enojos.
«Dí que la ruegue por cuanto haya caro
en la region del firmamento bella
que venga alguna vez de su Genaro
á acrisolar la fé que estriba en ella.
«Que cruce el aire azul diáfano y raro

desprendida en la luz de alguna estrella,
y aunque en sueños no mas me de segura
una prenda real de su ventura.»

Y asi diciendo el infeliz mancebo
con tales ilusiones trastornado
saliendo del santuario abandonado
su camino á emprender volvió de nuevo.

VI.

De la noche de aquel dia
en muy avanzada hora
tranquilamente Genaro
del sueño en brazos reposa.
Ningun fatigoso ensueño
el corazon le acongoja
ni le contrista la mente
vision atormentadora.
Su respiracion serena
que igualmente aspira y toma
con medidos intervalos,
con inflexiones monótonas,
la paz que en aquel momento
su triste espíritu goza
en la soledad nocturna
bien claramente denota.
Está la noche nublada

y estremadamente lóbrega,
y el resplandor de la luna
vapores densos ahogan.
Y está su aposento oscuro,
aunque su ventana angosta
abierta deja Genaro
pues le despierta la aurora.
Ni un solo rayo atraviesa
por las infinitas bocas
que ofrece á la luz y al aire
la ùnica vidriera rota,
porque abismado en sí mismo
Genaro su arte abandona
y en el abandono vive
desconocidas sus obras.
Pues sin otra compañía
que sus pesadumbres propias
con sus pesadumbres vive
y sus pesadumbres llora.
Y presa de estos pesares
que su corazon agobian,
de la escultura olvidado,
sin emulacion, sin gloria,
sus ahorros de Florencia
rápidamente se agotan:
y en una palabra, *vive*
mas con la miseria próxima.

Tal es en este momento
la situacion lástimosa
del escultor, y tal era
en estas nocturnas horas
el reposo en que yacía,
cuando aldabada sonora
dada en su puerta, los ecos
retumbaron de su alcoba.
Abrió los ojos pesados,
tendió la mirada atónita
por cuanto en torno tenia,
mas todo en torno era sombra.
La idea de la aldabada
aclárose en su memoria
tras breve instante de atenta
reflexion calculadora.
«Jurára que habian llamado»
(dijo entre sí) mas ¿qué importa?»
(añadió luego) sin duda
que de puerta se equivocan,
número tiene la casa
conque que busquen la otra.»
Y al sueño tornó á aprestarse
envolviéndose en la ropa.
Mas no bien hubo en su lecho
tomado postura cómoda
cuando segunda aldabada

hirió su puerta, y siguióla
la tercera á breve espacio
con lo que al fin montó en cólera.
Saltó irritado del lecho
y asomóse con faz torva
por la ventana esclamando
con voz enojada y bronca:
«Quién es, á quién diablos busca,»
y otra voz dulce armoniosa
como el rumor de las aguas
y el murmullo de las hojas
«YO» dijo desde la calle,
á cuya sílaba sola
en las venas de Genaro
helóse la sangre toda.

Con ambas manos asidas
de su ventana ambas hojas,
inclinada la cabeza
para que mas prestos oigan
sus oidos, fijo, inmoble
tras la reja, fatigosa
la respiracion, lanzando
por la mal cerrada boca,
con los espantados ojos
saltándole de las órbitas,
como escuálido fantasma
que miedo infantil aborta,

quedó en su reja Genaro
sin voluntad que le acorra
dudando si es pesadilla
de sueño que le acongoja.
Asi pasó unos momentos
y pasára muchas horas
á no venir á sacarle
de su hondísima zozobra
otra aldabada cuyo eco
vibró en los espacios ronca.
Huyósele de los labios
involuntaria y dudosa
la pregunta de *¿quién llama?*
tan imperceptible y ronca
que casi en sus labios mismos
el aura voraz tragóla.
Mas como si hubiera sido
dicha con voz tan briosa
que en grito rayado hubiera
obtuvo respuesta pronta.
Obtuvo un YO SOY GENARO
dicho con tan deliciosa
modulacion, que mas era
música embelesadora.
Era una voz de cuyo eco
las desconocidas notas
en vez de ahogarse en el aire

armonizaban la atmósfera.
Estremecidas las auras
las llevaban de una en otra
en círculos infinitos,
en interminables ondas.
Y unos en otros nacian
como unos tras otros brotan
del agua en la superficie
cuando se quiebra ó se toca.

Era una voz que se oia
limpia, argentina, sonora,
vagando por los espacios
y atravesando las sombras,
lo mismo á inmensa distancia
que á la distancia mas próxima,
lo mismo por las alturas
que por las calles mas hondas.
Indefinible sonido
que bajo una esencia sola
de la palabra y la música
guarda las delicias todas.

Yo soy Genaro, dijerón
sus sílabas misteriosas,
mas la celeste armonía
que en el aire las prolonga
toda una historia pasada,
toda una futura historia

de gustos y de pesares,
de desconsuelos y glorias,
encierra en las inflexiones
con que la voz vagorosa
los espacios estremecen
con sus claúsulas armónicas.

Todo cuanto es, cuanto ha sido,
cuanto ambiciona y espera
como en ancho panorama
concibe Genaro en ellas.
Campo vastísimo le abren
allá en su mente revuelta
donde lo pasado bulle,
y sus recuerdos fermentan.
Llanura deliciosísima,
óptica espaciosa inmensa
que alcanza su vista absorta
desde atalaya dispuesta.
Májico cuadro fantástico
de fertilísimas vegas,
de jardines encantados

y montañas pintorescas.
Magnífico Edem compuesto
con los mares y alamedas,
los templos y los palacios
de Sevilla y de Florencia.
Del turbio Guadalquivir
con las frondosas riberas,
los pescadores de Nápoles,
las lagunas de Venecia.
Esto, todo esto vé y oye
en la armonía secreta
de aquella voz celestial
que le espanta y le embelesa.
Lo oye y lo vé iluminado
con las fulgentes estrellas
y el resplandeciente sol
de la esperanza risueña:
colmado y embellecido
con la imágen hechicera
de su hermosa Valentina
que en todas partes encuentra.
A Valentina en el llano,
á Valentina en la selva,
á Valentina en la luz,
á Valentina en la niebla.
Su imágen todas las aguas
en su cristal reberveran,

en su murmullo su nombre
susurran las arboledas.
Y en el delirio encantado
que su espíritu enagena
solo oye y vé á Valentina
en todo cuanto le cerca.
Valentina dice el aura
que en el espacio se aleja,
Valentina dice el eco
que en el monte la remeda,
Valentina en sus oidos
eternamente resuena,
y el nombre de Valentina
que en su redor gira y rueda
en círculo eterno y mágico,
en oscilacion eterna,
dentro de su mente nace
y va á espirar dentro de ella.
Tal es aquella voz mística
que del umbral de su puerta
á su enojada pregunta
YO SOY GENARO, contesta.
Todo esto es aquella voz
que inmóvil tras de la reja
embebecido le tiene
asido á entrambas vidrieras,
sin intencion que le acuda,

sin voluntad que le mueva
dudando si goza ó sufre
si está dispierto ó si sueña.
De tan dulce desvarío,
de fantasía tan bella
tras largo espacio, otro ruido
volvió á sentir en su puerta.
Mas no retumbante golpe
de otra aldabonada recia,
no de quien entrar pretende
clara y perentoria seña;
sino crujido de gonces
sobre que las hojas ruedan,
rumor de quien fácilmente
abre voluntario y entra.
Con grande asombro y pavura
de la ventana por fuera
sacó Genaro á este ruido
la desgreñada cabeza,
tendió á la calle los ojos
por medio de las tinieblas,
mas retiróse al instante
apalancando las rejas.
Volvió á ocultarse en su lecho,
y aunque enmudece su lengua,
y aunque el aliento recoge
bien se conoce que tiembla.

Y bien se vé que sus ojos
no engaña ilusion incierta,
porque un ánima medrosa
y una vigilancia atenta
ruido de pasos cercanos
fácilmente apercibieran,
y aun sospecharán que alguno
subia por la escalera.
Mas no producen sentándose
aquellos pasos en ella
rumor que la ira en el hombre
escita con la sorpresa.
No es el recatado paso
de quien caminando á tientas,
con taimadas intenciones
furtivamente penetra:
no es de cobarde enemigo
la desconcertada huella
que al mismo tiempo que avanza
preparada á huir se acerca;
no son los pies de un ladron
que aunque adelantan recelan,
sino la planta segura
de quien francamente llega.
Un paso medido y grave
de planta firme y serena
pero no lenta y pesada,

sino fácil, leve, aérea.
Al percibirla Genaro
vecina á su estancia mesma,
hundió sudando de espanto
en las ropas la cabeza.
Genaro! dijo la voz,
y con su armonía angélica
llenó el aposento opaco
vibrando en él duradera.
Mas no respondió el mancebo,
porque su garganta seca
con el pavor de su alma
á la palabra se niega.
Genaro! tornó á decirle
otra vez, y tan de cerca,
que ya en el cuarto inmediato
juzga afanoso que suena.
Genaro! repitió al fin
aquella voz lastimera,
exhalando una armonía
tan melancólica y tierna
que á las entrañas llegaba:
«¡Genaro mio! ¿en que piensas?
«¿tanta mudanza en un dia?
«Hoy has dicho á mi cabeza:
«si fueras recuerdo suyo
«con qué afan te recogiera,

«y llevándote conmigo
«noche y dia por do quiera
«de mi amor fueras testigo
«solitaria calavera,
«tú fueras mi único amigo,
«tú mi única compañera.
«Esto me has dicho, Genaro,
«en una ermita desierta;
«Y cuando tu anhelo cumplo
«¿te asombras y no me esperas?
«¿te llamo, y no me respondes?
«¿subo á encontrarte, y te encierras?»

Alzó la frente Genaro
tales palabras oyendo,
mas á nadie en torno viendo
volvióla en la ropa á hundir.
Y á poco muy suavemente
sintió (y con la sangre yerta)
la mal encajada puerta
de su misma alcoba abrir.

Sintió por el pavimento
resbalar leve ropage
y apartar el cortinaje
de su lecho percibió.

Y al misterioso contacto
de aquel fantasma invisible,
cambio asaz inconcebible
en todo su sér sintió.

Percibieron sus sentidos
con esquisita pureza
y comprendió su cabeza
con cabal exactitud;
y exento de la locura
que su cerebro asaltaba
por vez primera gozaba
perfectísima quietud.

Dulcísimo arrobamiento
sus potencias embargando,
fué poco á poco ocupando
su trémulo corazon,
hasta que el santo deliquio
cambiando su esencia impura,
niveló á la criatura
con la celestial vision.

Entonces de entre las ropas
donde ocultarse creia,
su sentido percibia
aunque imperfecto y mortal
la suavísima fragancia,
el delicioso perfume
que del Señor se consume
en la mansion inmortal,

De sus rebujadas sábanas
por entre los claros hilos,
vian sus ojos tranquilos
el májico resplandor
de la mística aureola
que la cabeza circunda,
y el alma de luz inunda
de los Santos del Señor.

Entonces puesto al alcance
de aquella ilusion divina,
de su hermosa Valentina

ante el espíritu fué.
Y elevado hasta el deleite
de su bienaventuranza
su presencia real alcanza
aunque su esencia no vé.

Vago resplandor fosfórico
que el aposento ilumina,
del alma de Valentina
muestra la presencia allí.
Resplandor leve y purísimo,
sin foco de donde radie,
no producido por nadie,
comprendido solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
estendida y transparente,
desvanecida igualmente
del aposento en redór,
Que en ningun término espira
ni de ningun punto emana
de una tranquila mañana
semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
bañado en su esencia pura,
un manantial de ventura
de positiva ilusion
encuentra Genaro, y goza
dulcemente aquella esencia,
que presta nueva existencia,
nuevo sér al corazon.

En el espacio tranquilo
de aquel éstasis solemne,
inesplicable, perenne,
prueba celestial placer;
é identifica su alma
con el sér de Valentina,
en cuya esencia divina
nada hay ya de la mujer.

Huyeron de sus afectos,
los deseos mundanales,
los deleites terrenales,

la humanal inclinacion.
Del amor casto y angélico
la llama que aun alimenta
de impuro vapor esenta
no es llama de vil pasion.

Es de su esencia la parte
mas bella y mas necesaria,
como su fé solitaria,
eterna como su fé;
es un amor indeleble
que Dios conservarla quiso
cuando su alma al paraiso
Con su amor terreno fué.

Y de este amor perfectísimo
en los deleites perfectos,
en los divinos afectos,
en la santa realidad,
embebecido Genaro
en fruicion misteriosa
con Valentina reposa
en invisible unidad.

¡Misterio que solamente
concebir Dios ha podido,
y á los justos concedido
únicamente por Dios!
¡Mística union de dos almas
en que sin violencia alguna,
gozan entrambas en una
todo el placer de las dos.

Y así las de Valentina
y Genaro se comprenden,
y solo á sí mismas tienden
de sí mismas á gozar:
y así sin ausilio torpe
de palabras ni sonidos
que toquen á los sentidos
comunicánse á la pár.

¡Ay! ¿y quién pudiera ahora
prestar á mi lengua humana
la esplicacion soberana

de esta palabra sin voz?
¿Quién diera á mi voz terrena
y á mi miserable pluma
la santa elocuencia suma
de esta palabra veloz?

¡Ah! yo revelara entonces
en solo un breve momento
su divino pensamiento,
su concepto celestial;
y no como ahora tendria
que emplear largo periodo
para darla de algun modo
una esplicacion mortal.

Mas ya que es de nuestra mente
la comprension tan mezquina,
lo que en esa voz divina
oyó Genaro diré;
no con los torpes sentidos
de su inútil cuerpo impuro,
por el conducto seguro
de su enaltecida fé.

«Vive, y espera: (esto dijo)
«tras esta vida azarosa
«otra vida hay mas dichosa
«y otro mundo en que vivir.
«El reposo de un sepulcro
«no es el fin que nos espera,
«esa es la puerta postrera
«para entrar al porvenir.

«Tu adorada Valentina
«pasado su umbral alcanza
«sempiterna bienandanza,
«vida eterna de placer.
«Dios por ella te perdona
«de su justicia la duda,
«porque tu crímen escuda
«la miseria de tu sér.

«Vive, Genaro, y espera
«y por prenda de esperanza
«de esa bienaventuranza,

«de esa cierta eternidad
«de hoy mas, pues tu la deseas,
«la cabeza peregrina
«de tu amante Valentina
«consuele tu soledad.

«Mientras contigo la tengas,
«ese místico amuleto
«de tu fé será en secreto
«el irresistible imán.
«La enseña de tu fortuna,
«el íris de tu esperanza,
«de tu cierta venturanza
«el seguro talisman.»

Todo esto fue la palabra
de aquella celeste voz
que en un instante Genaro
en su éxtasis comprendió.
Todo esto que torpemente
y en pesada confusion
con tan profanos periodos
pobremente he dicho yo,

claro, luminoso, armónico,
sabroso y consolador,
sin pasar por los sentidos
penetró en su corazon.
Omnipotente palabra
del lenguaje creador
que rejuvenece el mundo
en los lábios de su Dios;
de su enjendradora boca
celestial emanacion,
de su lenguaje viviente
álito generador,
todo esto dijo la sabia
palabra de bendicion
que de la alma Valentina
el espíritu exhaló.
Todo esto escuchó Genaro
en el término veloz
del misterio impenetrable
de aquella revelacion.
Y todo esto de tal modo
su espíritu estremeció,
desbordó su inteligencia,
y esprimió su comprension,
que sacudido hondamente
su cuerpo no resistió
de este esfuerzo sobre humano

la violenta crispacion.
La fueza con que su sangre
al pecho se le agolpó,
de fiebre devoradora
con el insufrible ardor
le ahogó en la garganta estrecha
la ardiente respiracion,
la luz del celeste encanto
de los ojos le robó,
de los fallecidos miembros
el estinguido vigor,
y todas sus facultades
de tal modo anonadó,
que falto quedǒ en su lecho
de aliento y de sensacion.

Aun pudo muy débilmente
percibir el resplandor
que iluminaba el espacio
al huir la aparicion.
Aun en su meute asombrada
un momento se pintó
de su bella Valentina
la purísima ilusion,
y aun su sien calenturienta

lijeramente oreó
al elevarse en los aires
con sus alas de crespon.
Mas todas estas visiones
sin voluntad ni color,
cruzaron su fantasía
en apiñado monton,
como vagabundas sombras
de ensueño fascinador
que se perciben apenas
desvaneciéndose en pos.
Hasta que al cabo volviendo
á su reposo anterior
cayó en su sueño tranquilo
poco á poco; y se volvió
á oir en el aposento
del olvidado escultor
el monótono murmullo
de su igual respiracion.

VII.

Rayaba apenas en el cielo el dia,
y entre nubes de azúl púrpura y grana
la cenicienta claridad tendía
de la primera luz de la mañana.
Para gozar sus rayos bienhechores
entreabrian sus cálices las flores,
manso alzaban las ráfagas murmullo
en la hojarasca espesa,
y á su tranquilo y deleitoso arrullo
despertaban los tardos ruiseñores.
Todo era calma, y resplandor, y vida,
por la fértil llanura,
y la tierra en las sombras adormida
tornaba á despertar juvenecida,
debiendo al nuevo sol nueva hermosura.
Del obscuro aposento de Genaro
por la rota ventana,

la claridad temprana
penetrando pacífica y tranquila
hirió, cobrando resplandor mas claro
del desvelado mozo la pupila.
¡Oh! y fatigado de nocturna vela
y por ensueño místico agitado,
la recoje el mancebo alborozado,
con ojo avaro y delicioso empeño,
porque la vista de la luz consuela
las oscuras memorias de su sueño.
Tendió á la reja el brazo,
y abriendo las maderas
del cielo de Sevilla vió un pedazo
al mirar á trabes de las vidrieras.
Brotó en sus lábios celestial sonrisa
y la luz del placer brilló en sus ojos,
y ante el único Dios sumo é inmenso
de quien la gloria y magestad divisa,
tras el azul estenso
postróse humilde y le adoró de hinojos.
Llegó á él embriagando sus sentidos
el blando soplo de la fresca brisa,
y en ella los perfumes recogidos
al tocar, entre ramas olorosas,
blancas acacias y encendidas rosas
en los vergeles por abril floridos.
Llegó á él el murmullo deleitoso

de los copados árboles vecinos
donde el gorrion inquieto y receloso
pios lanzaba pretendiendo trinos.
Llegó hasta él el son de la campana
que el alba anuncia, y á asistir convoca
á la misa temprana,
y las pisadas rápidas ó graves
de vecinos asaz madrugadores
que abriendo puertas y volviendo llaves,
ya siervos, ya señores,
iban á sus recreos ó que-haceres,
cumpliendo su destino ó sus placeres.
Hermoso dia! murmuró Genaro,
y al avanzar su cuerpo en la ventana
todo en su mente despertóse claro
el nocturno pavor, la bella historia
de la vision aérea y soberana
que abrió en su corazon y en su memoria
un santuario al amor, y otro á la gloria.
Sintió dentro de sí de fé sincera
y de noble ambicion brotar ardiente
un manantial inmenso;
y cual se lanza el águila altanera
que los aires cruzando indiferente
busca ambiente mejor, mejor esfera,
en que su osado corazon aliente,
asi Genaro remontóse en alas

de inspiracion valiente
y por primera vez juzgó su pecho
á su gran corazon ámbito estrecho.
Del sacro fuego á la insufrible llama
dentro dél se encendió la sed de fama;
se alzaron en un punto en su memoria,
Fidias y Praxiteles,
coronados de gloria
y en tronos de laureles,
y al impulso violento
de claro é inspirado pensamiento
empuñaron sus manos los cinceles.
«Sea! esclamó, de mi cincel fecundo
los vigorosos trazos
quiero que adore el asombrado mundo:
y aun cuando el fuego de mi amor ignore
quiero que aborto de mis diestros brazos
la bella efigie de mi amor adore.»
Y con osada mano
hiriendo el mármol mudo
iba tornando en rostro soberano
la tosca forma del peñasco rudo.
Iban bajo el cincel apareciendo
los contornos suaves.
de la cabeza hermosa
de una virgen modesta y candorosa:
en cuya casta frente

en cuyos labios que orla dulcemente
sonrisa cariñosa,
en cuyos ojos que á la tierra inclina
con modesta mirada,
revelándose vá la faz divina
no como el débil escultor quisiera
de su hermosa y perdida Valentina,
sinó la faz modesta y venerada
de la madre de Dios inmaculada.
Y segun el contorno apareciendo
iba del rostro santo
del profano escultor iba creciendo
el misterioso espanto.
La osada inspiracion su mano guia,
mas el hierro á la mano no obedece,
y rebelde el cincel á su porfia
no traza los contornos que apetece,
y la sagrada imágen de María
de su hermosa en lugar solo aparece.
Pura, casta, esplendente, y perfectísima
la célica escultura
pieza salió maestra y hermosísima,
desmintiendo de humana criatura
ser obra, ó concepcion; soplo divino
animaba su mármol insensible;
y el rostro peregrino
radiaba aun mas allá de lo creible

la virtud y pureza
del sér hermoso de quien es trasunto
la marmórea cabeza,
sin concepcion creada en solo un punto.
Contemplábala trémulo el artista
sin concebir apenas
el prodigio que alcanza con su vista,
y sentia la sangre por sus venas
abrasada correr, y allá en su mente,
sentia al par bullir confusamente
con íntima amargura
el fantasma fatal de su locura.
«Loco estoy, esclamó con voz rabiosa.
Sí, loco vive Dios! pues ya no veo
lo que hay delante de mi vista ansiosa
ni mi mano incapaz es poderosa
de trazar mi recóndito deseo.»
Y con el mudo mármol encarándose:
el cabello, y la faz, dijo, mesándose:
«¿Por qué piedra traidora,
lo que sin entusiasmo hice mil veces
con mas profunda inspiracion ahora
te marca mi cincel, no lo obedeces?
¡Que me importa esa obra peregrina
que acaso me grangeara una corona
si no es lo que yo quiero una Madona
si no un retrato mas de Valentina?»

Y á impulso del coraje que le inflama
el profano deseo no alcanzado,
dos encendidas lágrimas derrama
que en el rojo carrillo
le dibujan un sulco amoratado.
En esta situacion, y en tal momento
le sacó de su amargo arrobamiento
el paso acelerado
de un hombre que subia
por la escalera que á su estancia guia,
y un acento para él bien conocido
que gritaba su nombre y su apellido.
Lanzóse hácia la puerta
mas antes que llegára, el picaporte
arrancado de un golpe, viola abierta,
y con galan y cortesano porte,
traje vistiendo decoroso y rico
presentóse á sus ojos Federico.

GENARO.

Federico!

FEDERICO.

Genaro!

LOS DOS.

Mas ¿qué es esto?

GENARO.

¡Tantas galas en tí!

FEDERICO.

¡Tú en tal pobreza!

GENARO.

¿Es ya muerta tu madre?

FEDERICO.

Por supuesto.
Mas viene de otra parte mi grandeza.
Pero á fé que me espanta y maravilla....
Genaro ¿esto es estudio ó es boardilla?
¿De qué te sirven viages y escultura?
¿no se aprecian tus obras en Sevilla?
¿De qué viene tu mal? Cuéntame, empieza
¿es especulacion ó es desventura?
¿Qué te falta, Genaro?

GENARO.

¡Ay! la cabeza.

FEDERICO.

¿Otra vez?

GENARO.

Otra vez mi ruin locura

me acosa mas temible y mas funesta.
Federico, y morir solo me resta.

FEDERICO.

¿Morir? voto va Dios! y esa María
que veo al concluir, del genio aborto,
que la pasada edad envidiaría
y que Canova contemplára absorto?
Genaro esa Madona es un prodigio,
quien puede con sus manos
crear esos prodigios sobrehumanos
puede servirse de cinceles de oro,
y en la historia dejar grande vestigio
y abrir bajo sus plantas un tesoro.

GENARO.

Pura casualidad; ¡ay Federico!
eso, de quien encumbras la escelencia,
una prueba es no mas de mi impotencia.
Un busto de mi amor hacer queria,
y cuanto mas en ello me empeñaba
mas la madre de Dios aparecía
y mas de Valentina se alejaba:
á la mano el cincel no obedecia
y lo que quiso sér, fué.

FEDERICO.

¡¡ Cosa brava!

mas dime, aquella caja tan preciosa,
¿que contiene?

GENARO.

Que caja?

FEDERICO.

Esa que tienes
al lado de tu cama.

GENARO.

No la he visto.

FEDERICO.

Tu locura á fe mia es muy donosa,
con burlas te me vienes!
¿la tienes en tu propia cabecera
y no sabes siquiera
lo que guardas en ella, vive Cristo?

GENARO.

No la vieron mis ojos hasta ahora,
te lo juro en verdad.

FEDERICO. (*tomándola*)

Y como pesa!

GENARO.

Cielos y que primor! que encantandora

labor! ponla por Dios sobre la mesa.

FEDERICO.

Abre bien la ventana.

GENARO.

¡Jesus qué obra tan bella y tan prolija!

FEDERICO.

¡Ah, farsante Genaro,
cual se confiesa de tus manos hija
en el trabajo minucioso y raro!

GENARO.

Te juro Federico...

FEDERICO.

Bah! no mientas,
¡Ola! y está á manera de santuario
cerrada por doradas puertecillas.

GENARO.

¡Qué mezcla de materias opulentas!
el ébano, el marfil, la concha, el oro....

FEDERICO.

Genaro, esta cajita es un tesoro.
Ahora ya concibo tu pobreza

dentro de esta cajita has apilado
cuanto oro con tus obras has ganado:
ábrola pues, veamos tu grandeza.
Y con dulce sonrisa esto diciendo
Federico á la caja abrió el candado
y el ojo ansioso á su interior tendiendo
quedaron sin aliento una gran pieza;
y al dar Genaro en tierra desplomado
esclamó Federico: «¡es su cabeza!»

Pálido, roto el aliento
en la mal cerrada boca,
inmóvil como una roca
el pobre escultor quedó:
y en la cabeza fijando
la sorprendida mirada
en sonora carcajada
Federico prorumpió.

¡Valgate Dios por amante
(siguió diciendo á Genaro)

que ha de ser pobre es bien claro
que su hacienda emplea asi.
¡De plata has hecho su busto!
¡Ya se vé! para fundirla
tuviste que reunirla
viviendo en Sevilla asi.

¡Voto á san Judas Genaro,
que es una ínsigne locura
gastar en una escultura
un hombre todo su haber!
Si el afan de esa memoria
aun te atormentaba el pecho,
de mármol hubieras hecho
el busto de esa mujer.

¿Qué mas vale esa memoria
hecha en plata que en madera?
¿Su imágen misma no fuera
leño, mármol ó metal?
Asi Federico hablaba,
mas Genaro no le oia
que el alma absorta tenia
en el busto celestial.

—

Y era en efecto su busto,
era su imágen divina,
de la hermosa Valentina
completo el trasunto fiel.
Era su busto hechicero
labrado en maciza plata,
cuyo primor le arrebata
obra de inmortal cincel.

—

Jamas del hombre impotente
acertó á crear la mano
portento tan soberano
de retrato mas cabal.
Nunca el pensamiento pobre
de sér de mujer nacido
concebir ha conseguido
ninguna escultura tal.

—

No hay faltas ni imperfecciones
en la argentina cabeza;

en semejanza, en belleza,
no es la cópia, es la verdad.
No tiene el contorno duro
que tienen las esculturas
obra de las criaturas,
su fria inmovilidad.

No; sus contornos despiden
leve vapor, los circunda
vaga luz, que les inunda
en gracia, en vida, en calor.
Se percibe al acercarse
el grato olor del cabello
cuyos rizos de su cuello
ondean en derredor.

Se vé que sus bellos ojos,
aunque hechos de plata dura
como toda la escultura,
reciben la claridad.
Y parece que en su centro
reside aun, goza existencia
la mortal inteligencia
de su muerta humanidad

Parece que aun sus oidos
están á la voz abiertos
y los vocablos inciertos
van de su labio á salir:
y el cuerpo, detras del busto
tal vez Genaro imagina
que vá á sacar Valentina
para volver á vivir.

A este dulce pensamiento
su corazon inflamado
todo su cuerpo agitado
de convulsivo temblor,
de su Valentina hermosa
fijo en la imágen estaba,
y la insensata esperaba
realizacion de su amor.

Con desiguales intérvalos
lanzaba el fogoso aliento,

y el pecho calenturiento
se le hinchaba al respirar:
y se le alzaba y sumia
de su amor con la tormenta
cual su balumbo acrecienta
bajo la borrasca el mar.

Mirábale Federico,
y absorto de cuanto via
su éxtasis no comprendia
ni su estraña agitacion.
Mas al ver su arrobamiento
ante la bella escultura,
la fé de pasion tan pura
respetó su corazon.

Interrumpir el silencio
no osó el mozo atolondrado,
y permaneció apoyado
en el brazal del sillon:
y los ojos de Genaro
siguiendo su propia vista
respetaba del artista
la sublime inspiracion.

Este, parece que á alcance
de alguna ilusion divina
tras la faz de Valentina
ante su espíritu esté;
y elevado hasta la dicha
de su bienaventuranza,
su presencia real alcanza
y su misma esencia vé.

Y hasta el mismo Federico
profano á tan gran misterio
se vé sujeto al imperio
del deliquio celestial.
Y en el busto que contempla
con dulce é íntimo goze
á su pesar reconoce
poder sobrenatural.

Vago resplandor fosfórico
el santuario ilumina

do el busto de Valentina
está, y su ser se vé allí
como luz ténue y purísima
sin foco de donde radie,
no producida por nadie
comprendida solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
estendida y trasparente,
desvanecida igualmente
del aposento en redor,
que en ningun término espira
ni de ningun punto emana,
de una tranquila mañana
semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
bañado en su esencia pura,
un manantial de ventura,
de positiva ilusion
encuentra Genaro y goza
dulcemente aquella esencia
que dá una nueva existencia,
nuevo sér al corazon.

En el espacio tranquilo
de aquel éxtasis solemne
inesplicable, perenne,
goza celestial placer;
é identifica su alma
con el sér de Valentima
en cuya esencia divina
vé al amor, no á la mujer.

Y de este amor perfectísimo
en los deleites perfectos,
en los divinos afectos
en la santa realidad,
embebecido Genaro
y en fruicion misteriosa,
con Valentina reposa
en invisible unidad.

Misterio que solamente
concebir Dios ha podido

y á los justos concedido
únicamente por Dios;
mística union de dos almas
en que sin violencia alguna
gozan entrambas en una
todo el placer de las dos.

Ante este oscuro y recóndito
misterio del alma calla
y con su razon batalla
Federico, sin caer
en lo que tanto Genaro
goza embebecido ahora
ni en lo que en el busto adora
si al arte, ó á la mujer.

Tal vez sospecha que vuelve
á su pasada locura
contemplando la hermosura
de aquel busto de metal,
y sospecha que esta caja
donde encierra cuanto adora
es su caja de Pandora,
donde él custodia su mal

Por fin tras largo silencio
aquel triste objeto caro
iba á apartar de Genaro
movido de compasion,
cuando él del sillon de cuero
alzándose de repente
esclamó con voz potente
y acento de inspiracion:

«¡Ea! ya luce mi estrella
de bienandanza y de gloria,
iluminado por ella
seguro de hoy mas iré:
no habrá mar que se me oponga,
no habrá sima que me espante,
marcharé siempre adelante
con las alas de mi fé.

Sí, dichosa Valentina,
ya no hay desdichas que tema:

en esta noche suprema
sopló tu espíritu en mí.
Yo oí la palabra santa
con que una ofrenda me hiciste,
y á fé que me la trajiste
preciosa y digna de tí.

Federico, en este punto
mi nueva existencia empieza,
gloria, tesoros, grandeza,
cuanto ambicione tendré.
Esta divina escultura
que crees obra de mi mano
de mi sér guarda el arcano,
de los cielos obra fué.

Y mientras guarde conmigo
este místico amuleto,
de mi fé será en secreto
el indestructible imán:
la enseña de mi fortuna,
el íris de mi esperanza,
de mi cierta venturanza
el seguro talisman.»

Nada entendió Federico
de esta arenga inesperada,
sin duda no entendió nada
pero con asombro vió
que en vez de volver Genaro
á su acceso de locura
con mano firme y segura
su mazo y cincél asió.

De su empezada Madona
púsose al punto delante
y vió de uno en otro instante
la creacion aparecer,
bajo la brillante forma
de una María sublime,
que á su casto pecho oprime
el Dios niño á quien dió el sér.

Brotaron bajo sus golpes
los contornos peregrinos

y los misterios divinos
del arte en su escelsitud;
y en el mármol insensible
parecieron las señales
de los gozes inmortales
de santa beàtitud.

Y el recato y la pureza
y la inocencia y la calma
que albergó dentro del alma
la que jamas delinquió
poco á poco fué mostrando
en su rostro y su postura;
la bellísima escultura,
que el genio audaz concibió.

Y en verdad, lector benévolo,
que fuera terquedad fátua
la de pintarte una estátua
que no hemos visto jamás:
figurate tú un prodigio
del genio humano y del arte,
y escuso de ponderarte
lo que te cansa quizás.

Primer aborto estupendo
del escultor de Sevilla
fué su obra una maravilla,
fué su primer escalon
para subir á la cumbre
del alcázar de su gloria;
pero lector, no es mi historia
de escultura esposicion.

Preconizar no me incumbe
del arte las escelencias,
tócanme las consecuencias
de esta escultura esponer,
las relaciones que tuvo
con la historia de Genaro,
y estas verás ¡lector caro!
en lo que vas á leer.

Eran diez meses despues,
y las diez de una mañana
del revuelto mes de marzo:
y en una anchurosa estancia
que seis opuestos balcones
en luz todo el dia bañan,
y que adornan por do quiera
preciosos lienzos y estátuas:
y en cuyo centro, de mármol
un velador se levanta,
sobre el cual, y bajo un velo,
hay colocada una caja
que en la materia y la forma
de que es hecha y trabajada
parece que encerrar debe
alguna preciosa alhaja:
sentados están dos mozos

que con aquestas palabras
en este momento siguen
conversacion empezada.

EL UNO

Pues señor, todo eso es cierto,
y es cosa en verdad que pasma.

EL OTRO.

Pues la cosa es muy sencilla.

EL PRIMERO.

No la veo yo tan clara.

EL SEGUNDO.

¿No ves el dedo de Dios?

EL PRIMERO.

Déjate de bromas.

EL SEGUDNO.

Calla
si tu corazon rebelde
se niega á creer, y guarda
tu incredulidad ímpia
en el fondo de tu alma.

EL PRIMERO.

Vaya, perdona, si á ofensa
mis palabras dieron causa.

EL SEGUNDO.

No toques nunca ese punto,
y la llevas perdonada

EL PRIMERO.

Cambiemos pues de argumento
¿sabes que hoy dia no se habla
mas que del lujo estremado
con que vives y que gastas?

EL SEGUNDO.

Donde hay del cielo una prenda
tan rica y tan soberana
como la que esa cajita
dentro de su seno guarda,
preciso es que todo muestre
que el don divino se acata:
y aunque mas merece, al menos
el decoro no le falta.

EL PRIMERO.

Sí, pero el vulgo murmura,
que tus razones no alcanza.

EL SEGUNDO.

Tranquila está mi conciencia:
el oro que me costaran
los muebles y los tapices
con que engalano mi casa
débolo solo á mis manos,
y el pobre que lo reclama
en nombre del Sér supremo
y de su miseria, lo halla.
¿De qué pues murmura el vulgo?

EL PRIMERO.

A orgullo escesivo achaca
la soledad en que vives,
la austeridad que acompaña
tu semblante cuando escuchas
y tus frases cuando hablas.

EL SEGUNDO.

Yo trato á quien me visita
como es justo que lo haga
con quien á honrarme se acerca
ó de mi amistad se agrada.
Trato con respeto y mucho
á quien trabajo me encarga,
pues con el trabajo vivo
que con sus monedas paga.

Si no me doy á las fiestas
á los paseos y farsas
y al estrépito del mundo
no alcanzo por qué lo estrañan.
Mis obras son infinitas,
y siempre el tiempo me falta
para cumplir como debo
trabajando la jornada
toda entera, mientras dura
la luz que me es necesaria.

EL PRIMERO.

Ya..... pero.....

EL SEGUNDO.

Pero ya entiendo;
hay de vagos una cáfila
que diz que me conocieron
y me amaron en mi infancia,
que anduvieron á mi escuela
ó cosa que se lo valga,
que quisieran que yo hiciese
de mi estudio una posada.
Que andubieran largamente
la botella y la baraja,
que hubiera mozas acaso
nada esquivas, que hubiera armas

con que armar ruido y pendencias
y desorden.....¡ Noramala!

EL PRIMERO.

Pero hay muchos que te admiran,
que hicieran de buena gana
contigo amistad, y me honran
con la suya noble y franca.

EL SEGUNDO.

Sí, sí, Federico mio,
á ti te harán mucha gracia
tus amigos, mas ¿qué quieres?
á mí no me gustan nada.
Son todos, y en paz sea dicho
como eres tu mismo.

EL PRIMERO.

Vaya.

EL SEGUNDO.

Sí, lo que yo en tí tolero
porque te amo con el alma

fuérame en ellos muy duro
presenciar con tolerancia.
Si tú pierdes tu dinero
y pingüe herencia malgastas
de tu tio la heredastes,
y de tí nadie la aguarda.
Si abusas de los licores,
y con lengua acalorada
ruido y pendencías provocas,
de ellas tus manos te sacan.
Y en fin, á tí te divierte
tal vida, y asi la pasas.

EL PRIMERO.

Mas si el despecho y la envidia
sus corazones minara
y enemigos te se hicieran,
y la turba deslenguada
interpretando tus hechos
menoscabase tu fama.....

EL SEGUNDO.

Federico, si á mi honra
injustamente tocaran,
dejára el cincel mi mano

por la pistola ó la espada,
y á meterles volvería
lo dicho por la garganta:
porque el cristal de la honra
vapor no admite ni mancha.

EL PRIMERO.

Pues mira, Genaro, creo
que ya que asi me desairas
para olvidar el desaire
me vendrá pintiparada....

EL SEGUNDO.

Una botella, ¿no es eso?

EL PRIMERO.

Cabal. Con vino se apaga
el fuego de los pesares.

EL SEGUNDO.

Igual consecuencia sacas
de todo cuanto sucede.

EL PRIMERO.

No me prediques.

EL SEGUNDO.

Destapa.
Y poniéndole en la mano
una botella lacrada
volvió Genaro á su asiento,
á su cincel, y á su estátua.

Y asi viven los dos, y asi la vida
para entrambos á dos dichosa corre:
derrochando su herencia Federico,
conquistando Genaro oro y renombre.
Amigos de la infancia, aun alimentan
dentro del corazon su llama noble,
y recios se conservan todavia
de su franca amistad los eslabones.
Víctima de recónditos pesares,
ó embebecido en celestiales gozes

solo es el mismo para él Genaro,
para el resto del mundo es otro hombre.
Severo, indiferente y silencioso
de virtudes austéras, no responde
su corazon de las pasiones viles
á la traidora voz y halago torpe.
El santo talisman que le proteje
fé le infunde y virtud, y dia y noche
al pié del talisman duerme ó trabaja
y su poder celeste reconoce.
En misteriosa union identifica
su sér con otro sér que alli se esconde,
y del busto de plata en la presencia
se encanta con divinas ilusiones.
De purísimo amor dulces miradas
halla en sus ojos de metal inmobles,
y en los labios del busto misterioso
gratos acentos y murmullos oye.
Las gracias de su muerta Valentina
vivas, puras encuentra en sus facciones,
y sea realidad, sea demencia,
renueva en aquel busto sus amores.
Su presencia le dá nuevo entusiasmo,
nuevo amor á la gloria, audacia doble;
y ardiente inspiracion dá á sus cinceles
mágico acierto en mármoles y bronces.
Basta para que emprenda árduas fatigas,

para que el tiempo y el trabajo arrostre,
que el argentino busto ante sí vea,
y que mas recompensa no ambicione.
No tiene otra ilusion ni otra apetece
toda en la imágen su atencion se absorve
cual si fuera su misma Valentina,
y todo á su memoria lo pospone.
Y acaso el soplo del Señor alienta
en aquel talisman, y á las regiones
etéreas su espíritu levanta
por cima de los astros y los orbes.
Fuente de luz y manantial de vida
para el amante mozo, el velo rompe
de su terrena humanidad y su alma
en el dintel del paraiso pone.
¿Y qué es la inspiracion? ¿quien da á su vuelo
el recio impulso gigantesco, enorme
con que se alza el artista y el profeta
sobre el polvo del tiempo y las naciones?
¿Qué es mas que una ilusion? menuda chispa
que en su mente febril brotando informe
llega á hoguera voraz; grano de arena
que empieza en grano y que concluye en monte.
Y asi viven los dos; y asi la vida
para Genaro y Federico corre;
y derrocha su herencia Federico,
y conquista Genaro oro y renombre.

Del revuelto mes de marzo
en la mitad de una tarde
de sobremesa ambos mozos
familiar plática traen.
Con lisonjera sonrisa
y cariñoso semblante
oye en silencio Genaro
los desatinados lances
que Federico le cuenta,
entre los vapores suaves
de su botella y su pipa
que le exaltan por instantes.
Pórque Federico ahora
que herencia considerable
goza, con todos los vicios
estrecha las amistades.
Pero poco acostumbrado
á sus resultas fatales
aun le turba la cabeza
la botella, y aun le hace
mucha saliva el tabaco,
y aun entre las redes cae

de una cortesana astuta
como bien se las prepare.
Por eso inconsiderado
afecta por todas partes
las estragadas costumbres
de los altos personages.
Levántase á medio dia,
come á las seis de la tarde,
y en la mayor parte de ellas
concluye con embriagarse.
No como el vulgo soez
que dá consigo en la calle,
sino como el vulgo noble
aristócrata, elegante.
La embriaguez no le produce
mas efecto que alegrarle,
dar mas fuego á sus pasiones,
y á sus palabras mas sales.
Acrecienta su valor
y le enardece la sangre
doblándole la aficion
de aventuras y de lances.
En tal situacion, y en esta
disposicion formidable,
entreverando los sorbos
de risa con los arranques,
y las bocanadas de humo

que de los labios le salen,
hablaba el buen Federico
y el escultor escuchábale.
Llegaban á la mitad
de una aventura agradable
que aumentaba de Genero
la risa con cada frase,
cuando en la puerta del cuarto
un criado presentándose
anunció un desconocido
y dijo el dueño «que pase.»
Calló Federico entonces
tomando esterior mas grave,
y levantóse Genaro
componiendo su semblante.
Pareció á poco el incógnito
que era un viejo respetable,
aunque habia en su persona
no sé qué de repugnante.
Eran blancos sus cabellos
y negro todo su traje;
persona de distincion
segun esterioridades.
Entró en la estancia con calma
friamente saludándoles
y preguntó ¿Un profesor
de escultura que.....

Delante
le teneis, buen caballero,
dijo Genaro inclinándose.

EL VIEJO.

Ah! ¿sois vos?

GENARO.

Yo soy, sentaos:
¿y que teneis que mandarme?

EL VIEJO.

Tal vez será muy dificil
mi encargo.

GENARO.

Si es de mi arte,
confío en llevarlo á cabo.

VIEJO.

¡Oh vuestra fama es muy grande!
todo el mundo me lo afirma,
y vuestras obras son tales
que.....

GENARO.

Apartemos, caballero,
corteses urbanidades.

VIEJO.

Escuchadme, pues. Quisiera
describiros el semblante
de una muger, que ya es muerta
¡válgame Dios, y era un ángel!
Yo os diría una por una
sus señas y cualidades,
y vos haciendo un bosquejo.....

GENARO.

Caballero, eso no es fácil,
pues todos los rostros tienen
tan diferente carácter,
que aunque fueran las facciones
á la descripcion iguales,
tal vez la espresion saldria
de la verdad muy distante.

VIEJO.

Yá yó me lo imaginaba.

GENARO.

En fin, podemos si os place
vos ir diciendo, y yo á un tiempo
dibujar y á ver si sale.
Vos mirareis mi dibujo
é ireis diciendo: *mas grande,*
mas pequeño, mas abajo,
mas atrás, mas adelante,
yo iré corrigiendo al punto
y haremos lo que se alcance.

FEDERICO.

Pues no vá á ser mala droga!
aunque estés toda la tarde
y hasta la tarde del juicio
apuesto que no lo haces.

VIEJO.

Sois tambien pintor?

FEDERICO.

Tambien.

VIEJO.

Mis ofertas son iguales
para ambos, si vos lo haceis
yo os daré.....

FEDERICO.

¿Yo? Pues ya es fácil!
aunque me dierais mas oro
que lo que en la plaza cabe.

VIEJO.

Por qué?

FEDERICO.

Porque á mí me sobra,
y no prostituyo el arte.

Y asi hablando Federico
volvió la copa á llenarse
y echó tabaco en la pipa
en la silla arrellanándose.
Con el semblante encendido

quedóse el viejo mirándole;
pero Genaro en tal punto
le dijo, cuando gustareis.
Sentóse el viejo á su lado
y las señas apuntándole,
del retrato que se intenta
empezó á dar semejantes.

EL VIEJO.

Una cabeza pequeña,
dividido en dos mitades
el cabello, y hecho rizos
en torno al cuello tornatil.
Perfectamente. La frente
serena, espaciosa; que alze
un poco menos el pelo
así..... seguid.

GENARO.

Adelante.

VIEJO.

Cejas arqueadas, abiertas
sin entrecejo: ojos grandes

rasgados, negros y un poco
melancólicos y graves.
Largas pestañas. Soberbio!
perfectamente! Cabales!

GENARO.

¿Se parecen á los suyos?

EL VIEJO.

Parece que estais copiándoles.

GENARO.

Seguid, seguid.

EL VIEJO.

Un poquito
ojerosos, nada casi.
Perfectamente. Amiguito
(*A Federico con aire de triunfo.*)
Vuestra apuesta está en el aire.

FEDERICO.

Con que va saliendo?

EL VIEJO.

Vaya
y perfecto.

FEDERICO.

¿Si eh? ¡Que diantre?
(*Fumando con indiferencia.*)

EL VIEJO.

Está? (*á Genaro.*)

GENARO.

Continuad.

EL VIEJO.

Nariz
griega, de un perfil muy suave,
boca un poco desdeñosa.

GENARO.

¿Así?

EL VIEJO.

Así.

GENARO (*ajitado.*)

¿Contorno fácil
en los carrillos?... dos hoyos
que al sonreirse se hacen
graciosímos?... la barba
con dos pequeños lunares
que apenas se vén?

EL VIEJO.

Cabal.
¿pero que os dá? con el lapiz
vais arañando el papel:
vais el bosquejo á borrarme!

Asi esclamaba el anciano
al dibujo abalanzándose
mientras Genaro convulso
se agitaba dibujándole.
No le rompais, le gritaba
el viejo trémulo, dádmele,
y Genaro con voz ronca
sofocada y anhelante
¿es eso? gritó, el retrato
de su querida mostrándole.
Es ella! es ella! esclamaba
el viejo, pero mas grande

de bulto es como lo quiero.
Si, vive Dios, (levantándose
gritó Genaro), os comprendo,
quereis un bulto palpable
que os presente superficie
para abrazarle y besarle.
¡Ira de Dios! ¿ esto , es esto
lo que quereis? y agarrándole
por las muñecas llevóle
de su talisman delante.
Abrio furioso la caja
y ¡ó pasmo ! en lugar de hallarse
con la cabeza de plata
hallaron bañada en sangre
la propia de Valentina;
su aparicion formidable.
¡Mi pupila! esclamó el viejo
aterrado arrodillándose.
¡El juez! esclamó Genaro
¡Eres tú, tú miserable
su asesino! Sí, sí, el cielo
te há echado al rostro su sangre!
Y cayó desvanecido
sin voz, y sin vida cási.
Duró el silencio un momento
hasta que al fin levantándose
se avanzó el viejo á la puerta,

mas Federico atajándole
le asió del cuello diciéndole:
Conmigo irás, miserable,
Yo te llevaré arrastrando.—
—¡Adónde!
—A los Tribunales.

CONCLUSION.

Dicen que el escultor se sintió herido,
de enfermedad mortal desde aquel dia,
y á la par que su aliento se estinguía
menguaba su sangriento talisman.
Su amigo revolvió toda Sevilla,
y á Genaro llevó cinco doctores,
mas á pesar de ser de los mejores,
inútil fue por fin todo su afan.

Genaro sin dolor y sin angustia,
se consumia lenta y dulcemente,
como se estingue el agua en una fuente
en el árido estío abrasador.

Ni drogas, ni remedios admitia,
y con el mal oculto no atinando
del lado del enfermo retirando
poco á poco se fue cada doctor.

Y un dia que miraba Federico
desde el balcon la plaza, de repente
gran tropel de soldados y de gente
vió por un callejon desembocar.
Era una *ejecucion*. Venia el reo
sobre un asnillo viejo maniatado,
y un monge carmelita iba á su lado
á quien no quiere el réprobo escuchar.

Sorbióse Federico un ancho vaso
de esquisito Jerez que á mano estaba,
y la escena confuso contemplaba
al reo imaginando conocer.
«¡Voto á Dios! (esclamó, cuando subiendo
«clara su forma vió sobre el suplicio;)
«es el tutor!.... ¡pardiez!, y está muriendo
«como un págano vil!. ¡Como ha de ser!

»Yo quise que sus crímenes pagára
»como era justo, pero si él no quiere
»morir como hombre y como perro muere,
»allá se las avenga el confesor.»
Y esto al decir, para borrar la odiosa
repugnante vision del triste caso,
echóse á pechos el segundo vaso,
sin dejar una gota del licor.

Y entonces vió que al espirar el reo,
cruzando el aire transparente y claro,
las almas del tutor y de Genaro
fueron al tribunal de Jehová.
Un meteoro impuro en sus vapores
el ánima del viejo conducía,
y de Genaro el ánima subía
cual nube blanca que en el viento vá.

Por la estraña vision sobresaltado
rápido fué del escultor al lecho,
mas vida ni calor halló en su pecho,
ni encontró junto á él su talisman.
Y á pesar del licor que le turbaba,

encima de sus míseros despojos
llanto vertieron sus hinchados ojos,
prensó su pecho doloroso afan.

Jamás supo esplicarse aquella idea:
y él hundió en el misterio mas profundo
como salió Genaro de este mundo
y el *talisman* de plata de una vez.
Y siempre que en su mente la memoria
de la vision fatal se renovaba,
dudando de sí mismo murmuraba:
«*¡Los demonios tenia aquel Jerez!*»

FIN DEL TALISMAN.

DOS PALABRAS DEL AUTOR

A D. CARLOS LATORRE.

Querido amigo:

Hé aquí estendido sobre el papel el pensamiento del talisman, de que tanto te pagaste cuando te lo anuncié. A tí pues va dedicado como pequeña muestra del aprecio en que te tengo; y ojalá que lo escrito te agrade tanto como te agradó su argumento.

Y aconséjote de camino, que no hagas caso del sitio en que coloco esta dedicatoria; porque bien sea prólogo, ó bien epílogo, siempre será la espresion sincera del cariño que te guarda tu buen amigo

JOSÉ ZORRILLA.

EL MONTERO DE ESPINOSA,

LEYENDA HISTÓRICA.

Lector, si haces memoria
y mis leyendas por fortuna mia
has leido algun dia,
recordarás la historia
de una linda francesa
que á Búrgos traje para ser condesa.
De ella te voy á hablar, pues aunque entrada
en el sétimo lustro de su vida
todavía era hermosa, y muy querida,
y de gente cabal galantëada.

Francesa fué, por consiguiente á España
si no enemiga, á la verdad estraña.
Que aunque es la patria tan abstracta cosa
que á gozarla jamás ninguno llega,
allá á su modo cada cual la juega
cual la vé para sí mas ventajosa.
El mas pobre mendigo
en su miseria por lo menos quiere
de su patria el amor llevar consigo,
aunque sea no mas para testigo

de que en su patria de miseria muere.
Esto es por lo que atañe al buen patriota,
que en cuanto al estrangero
los derechos de tál bizarro acota,
do encuentra al ciudadano don dinero;
mucho entonces de fé y de patriotismo
y al punto que lo atrapa,
oro y patriota caen en un abismo
donde, por Dios, que no darán con ellos
los mismísimos monjes de la Trapa.
con oracion, conjuro, ni exorcismo.
Y en cuanto á nuestra España y los franceses
bien claro la esperiencia nos lo habla,
lo poco que á sus garras defendimos
lo salvamos á nado en una tabla.

Mas porque no imagines que lo dicho
es hijo ¡oh buen lector! de algun capricho,
voy á contarte, pues aquí interesa,
lo que hizo en su condado de Castilla
madre del conde actual, la tal francesa.
Lee, pues, y considera claramente
lo que ha sido y será por mientras dure
en nuestra España la estrangera gente.

Y permite de paso
que te advierta, lector, que de nosotros

esto mismo y aun mas dirán acaso,
y no sé yo si con razon, los otros.
Pero tal es el mundo, y es un hecho,
que cuando muchos á la par pleitean
por despechadas que sus causas sean
todos se creen con el mejor derecho.
Pero basta por Dios de digresiones,
y entremos en materia
que el caso es grave y nuestra historia séria.

Gobernaba con próspera fortuna
en Castilla el leal Sancho García,
atropellando audaz la media luna
do quier que al campo por su mal salía.
Acechaban los moros sus fronteras
como tigres hambrientos;
y vían desde lejos sus banderas
libres flotando ál soplo de los vientos,
y en la sangre teñidas
de sus haces vencidas.
Á merced de estos lances venturosos
todo era gozo, y dicha, y bienandanza,
por cuanto el linde de Castilla alcanza.
Mas ¡cuánto son precarios y engañosos
los augurios del bien de la esperanza,
y cuanto ¡ay Dios! las dichas terrenales
espuestas al impulso de los males,
y sujetas á cambio y á mudanza!
Oigamos para prueba incontestable
lo que una noche hablaban á una reja
un page de don Sancho y una amable

y hermosa dama que de amor le escucha
plática dulce con paciencia mucha;
y las palabras nos dirán de *Estrella*
lo que ignoraba aun *Sancho Montero*,
que aquel era, lector, el nombre de ella,
y este el nombre tambien del caballero.

ESTRELLA.

Pues bien, Sancho, ya que celos
me pides con tal furor
fuerza es aclarar tu error.
¡Perdónenmelo los cielos!
un hombre me dices que entra
de noche por mi ventana
y sale muy de mañana:
causa tu furor encuentra
para irritarse, es asi;
entra en mi aposento un hombre,
pero que entre no te asombre,
Sancho, que no entra por mi.

SANCHO MONTERO.

¿Pues cómo, muger liviana,
si la verdad no contestas,
he de creer tus protestas
cuando es tuya la ventana?

ESTRELLA.

Montero, vamos despacio,
que aunque la ventana es mia,
ni de noche ni de dia
vivo yo sola en palacio.
Y no pongas en un potro
tu discurso, buen Montero,
por donde entras tu primero
puede despues entrar otro;
y segun, Sancho, á mi cita
vienes, el parque asaltando,
puede estar otro aguardando
hora para otra visita.

SANCHO MONTERO.

Todo eso está bien, Estrella,
que los hombres somos dos
ya lo veo, voto á Dios:
mas si tú no, ¿quién es ella?

ESTRELLA.

Secreto debiera ser
ese nombre, mas Montero,
si tu lo quieres...

SANCHO MONTERO.

Lo quiero.

ESTRELLA.

Secreto lo has de tener,
y ni en tu última hora
lo digas ni al confesor.

SANCHO MONTERO.

Lo juro.

ESTRELLA.

Pues de tu error
es la causa mi señora.

SANCHO MONTERO.

¿La condesa?

ESTRELLA.

La condesa.

SANCHO MONTERO.

¿La madre de don García?
tu mientes.

ESTRELLA.

¡Por vida mia!
que asi me trateis me pesa.
Considerad, señor Sancho,
que aun cuando yo lo negára,
con mi palabra bastára,
y aun os viniera muy ancho.

SANCHO MONTERO.

Perdóname, dulce Estrella,
lo osado por lo celoso,
que me es en verdad penoso
pensar tal infamia en ella.
Que á fé que mal corresponde
á quien en desman tamaño,
si no por su propio daño,
por honra de su hijo el Conde.
El querer de una doncella
si es casto, el amor lo escuda,

mas ella condesa, y viuda,
pide mas recato, Estrella.
Y está en la ley prevenido:
si el hijo ha de gobernar,
la madre no ha de tomar
en su gobierno marido.

ESTRELLA.

¡Ay, Sancho, que tu no alcanzas
lo que su amor me atribula,
porque es un amor que anula
aun sus mismas esperanzas!

SANCHO MONTERO.

Estrella, no te comprendo.

ESTRELAL.

Pues óyeme Sancho bien
y el cielo me olvide, amen,
cuanto mal estoy haciendo.
Yo por servirla no mas
y por velar su deshonra
estoy prendiendo mi honra
en un cabello quizás.

Yo por contentar su afan
presto, protegiendo á ese hombre,
con mi aposento mi nombre
y corre por mi galan.
Mas no es esto, Sancho mio,
lo que el alma me atormenta,
que yo ayudára contenta
de una amiga un desvarío.
Mas yo arriesgo mi decoro
y arrostro Sancho tus celos,
¿y por quién abogo? ¡cielos!
¿por quién Sancho? por un moro.

SANCHO MONTERO.

Estrella ¿te has vuelto loca?
¿Moro dices?

ESTRELLA.

¡Ay de mí!
ojalá no fuera así
lo que te dice mi boca.
Ese Muza embajador
del rey moro de Sevilla,
es el galan.

SANCHO MONTERO.

¡Qué mancilla
para dama de su honor!
Un moro! por Dios Estrella
que al conde lo he de contar.

ESTRELLA.

'os vas Montero á matar.

SANCHO MONTERO.

¡Ay! quién te ganó por ella?
¿Quién puso en tu pensamiento
tan villana aberracion?
¿Quién puso en tu corazon
tan torpe consentimiento?

ESTRELLA.

¡Quién mas que mi desventura!
me acogió desde mi infancia
y desque vino de Francia
no la he concebido impura.
No tengo madre, Montero,

con su audacia y con su alfanje
de una muger la locura.
Locura, sí, porque es mengua
y rabia causa y angustia
que asi en el cieno se arrastre
dama de tan noble cuna.
Locura si porque vela
detras de la colgadura
de su balcon la condesa,
que de tardanza le acusa.
Con gran cautela á los vidrios
(que no es estremada nunca)
continuamente se asoma
de que ha de venir segura.
Y entre la luz y los vidrios
pasando, mientras cálcula
el tiempo que huye, su sombra
sobre el cristal se dibuja.
Y en los iguales periodos
con que aparece y se ofusca
se vé bien que se pasea
tal vez sin paciencia mucha.
Por fin, tornando á asomarse
acaso vió lo que busca,
porque cerró la ventana
con golpe que prisa anuncia.
Faltó al punto la luz de ella

y apareció en la segunda
ventana, que está sin rejas,
mas abajo de la suya.
Sonó una palmada á poco
y como está á poca altura
fácil halló la subida
el enamorado Muza.
Mas presto á bajar volviera
si alcanzára por ventura
á ver que un hombre aparece
en el punto en que él se oculta.
Sí, guarecido en lo espeso
de la oscuridad nocturna,
á la ventana se acerca
de otro hombre la sombra muda.
Sombra que avanza despacio,
pero con planta segura,
como quien sabe la tierra
por donde camina á oscuras.
Al eco de sus pisadas
con desolacion profunda
una mujer sacó á medias
la cara, que el miedo turba.
A cuyo punto el que viene
con voz al caso oportuna
dijo y en tono intermedio
de afirmativa y pregunta:

SANCHO MONTERO.

Estrella.

ESTRELLA.

Sancho!

SANCHO.

Silencio!

ESTRELLA.

Por Dios Sancho, disimula
si es que has visto....

SANCHO MONTERO.

Todo, Estrella
Y estáme ahogando la furia.

ESTRELLA.

Por Dios Sancho!

SANCHO MONTERO.

Nada temas.
No con fuerza, con industria
espero cortar los hilos
que tal escándalo anudan.
¿Por quién te pondrás Estrella,
por ella ó por mí?

ESTRELLA.

¿Eso dudas?
la vida diera gustosa
con una palabra tuya.

SANCHO MONTERO.

Pues bien, Estrella, si me amas
y si confianza alguna
te inspira la idolatría
que mi pasion te tributa;
en vez de guardar la reja
de una sorpresa importuna,
guarda la puerta á su cuarto,
y cuanto digan escucha.
Yo respondo de que nadie

por reja ni escala suba,
con tal de que me repitas
sus palabras una á una.

ESTRELLA.

Y que te importa.

SANCHO MONTERO.

Va en ello
Estrella nuestra ventura.

ESTRELLA.

Enhorabuena.

SANCHO MONTERO.

Ya tardas.

ESTRELLA.

Guárdame pues.

SANCHO MONTERO.

Pues escucha.

Quedó junto á la ventana
Montero de centinela
y junto á la cerradura
se puso á escuchar Estrella.
Abajo Montero inmóvil
permanece en las tinieblas,
y arriba por los resquicios
ella la vista endereza.
El, allá abajo inmutable
como una estátua de piedra:
ella allá arriba con ansia
toda arrobada de atenta.
Mas poco oír la permite
la bien encajada puerta,
y poco pasó á su vista
de la cerradura estrecha.
Mas mucho puede un deseo
en cuyo logro interesa
grave peligro ó bien grave
quien firmemente desea.
Asi que al par aplicando

con oportuna destreza
ya el ojo para mirar,
ya para escuchar la oreja,
logró entender, sino cuanto
su curiosidad quisiera,
cuanto basta á quien importa
para que todo lo entienda.
Y las frases que á pedazos
hasta su escondite llegan,
con algunas adiciones
ó supresiones, son estas.

LA CONDESA.

¿No hay otro medio?

MUZA.

No hay otro.
Mientras él viva, condesa,
prendida tenemos ambos
en un hilo la existencia.
Mi amor para tí es sin freno,
te adoro, sultana bella,
y si en decidirte tardas
sin tí me parto á mi tierra.
No puedo mas en Castilla

permanecer sin sospecha,
pues concluí mi embajada
y vá á encenderse la guerra.
Mi rey en Córdoba tiene
gente mucha y muy resuelta,
que vendrá á poner de Búrgos
la corona en tu cabeza.
¿Qué me respondes? decídete;
dentro de tu casa mesma
tu vives tiranizada,
obedeces y no reinas.
Privada de los placeres,
de los saraos y las fiestas,
por viuda al llanto y al luto
las costumbres te condenan.
Eres hermosa y amante,
¿por qué has de pasar por sierva
donde, si quieres, mañana
puedes mandar como reina?
Asi nuestro amor logrado,
ventajas logrará inmensas
tu condado de Castilla:
pues en paz con sus fronteras,
tus pueblos tendrán tranquilos
la paz que con ansia anhelan.

Calló aquí el moro, y tras grave

meditacion, la condesa
como quien duda en lo que habla
repuso de esta manera:

LA CONDESA.

¿A qué ocultarlo, buen moro?
demasiado lo confiesan
las lágrimas de mis ojos,
y las voces de mi lengua.
Yo te amo: poco á mis ansias
la corona es de condesa;
para ceñirla á tus sienes
ansiára imperial diadema.
Pero si yo abro de Burgos
á tus árabes las puertas
¿Cómo reinar en Castilla
á no conquistarla entera?
¿Cómo estarán los cristianos
sumisos á quien los venda?
No, harán para rebelarse
un fuerte de cada piedra.
Tu rey querrá en la conquista
llevarse la mejor presa,
y si es una infamia todo
huir es la mas pequeña.

MUZA.

¿Huir sultana, qué dices?
¿adónde infeliz huyeras
que esclava no te contaras,
si no te contaras muerta?
¡Huir! ¿acaso por miedo
de que traidora te hicieran
á una patria que no es tuya
pues no nacistes en ella?
¿Ignoras que esos villanos
que ante tu faz se prosternan
maldicen allá á sus solas
tu noble cuna francesa?

LA CONDESA.

¡Esclavos!

MUZA.

Si, esclavos tuyos,
puesto que ellos son tu herencia,
y venderlos y comprarlos
justo es que á tu antojo puedas.

CONDESA.

Sí, justo sería ¡oh Muza!
mas muy arriesgado fuera
tal intentar, porque al cabo
¡Quién sabe el fin de una guerra!
si no hay mas medio.

MUZA.

¡Ah sultana!
mas que tus ángeles bella,
mas necesaria á mi vida
que el sol y el agua á la tierra,
aquí á tus plantas de hinojos
te juro las manos puestas
sobre el corazon que en vano
mi alma en huirte se esfuerza.
Es separarme de tí
llevarme á una muerte cierta :
Luz de mis ojos, el mundo
sin ellos está en tinieblas :
sin freno es esta pasion,
te adoro sultana bella,
y si en decidirte tardas
morir sin tí será fuerza.

CONDESA.

¡Ah no, muramos entrambos!

MUZA.

¿Y el conde?

CONDESA.

En Búrgos se queda.

MUZA.

¿Y quién de él si te reclama
nos salva?

CONDESA.

¡Maldito sea!
Callaron ambos un punto,
y á poco rato en voz trémula,
dijo el moro, como quien
prenda involuntaria suelta.

MUZA.

Si al cabo.

CONDESA.

¿Que?

MUZA.

En este pomo
supremo licor se encierra
que sirve sin mas peligro
á quien le usa con destreza....

CONDESA.

A ver.

MUZA.

De un modo adormece,
y usado de otra manera....

A estas palabras oyóse
tras de la cerrada puerta,

inesperado ruïdo,
y trás él de golpe abriéndola:
señora , el alba despunta,
dijo apresurada Estrella,
é interrumpida la plática
el moro salió siguiéndola.
Partió silencioso Muza
saltando otra vez la reja ,
y con el pomo en las manos
quedó á solas la condesa.

Iba á rayar el sol en el Oriente:
y la serena luz de la mañana
teñia suavemente
con brillantes matices de oro y grana
la diáfana estension del horizonte:
la claridad tendiendo mansamente
por las laderas del lejano monte.

En un balcon que á los jardines mira
del palacio de Búrgos en que mora,
sombría y melancólica suspira
la que en tiempo mejor fué su señora.
Ella es, sí, la condesa doña Blanca
que á impulsos de secreto sentimiento
hondos suspiros de su pecho arranca,
y de sus labios los arranca el viento.
Bella matrona, por la edad no ajada,

aun muestra cuanto fué su edad primera
en gracia y hermosura aventajada:
aun brilla en sus miradas, hechicera
la luz de la pasion, y aun á despecho
del pesar que la acosa
tiñen su bello rostro peregrino,
y sus torneados hombros y alto pecho,
el color del jazmin y de la rosa,
que envidia dieran al pincel de Urbino.
Hermosa, sí, se ostenta todavía
á pesar de la nube que encapota
su frente melancólica y sombría.
Sus miradas en tierra distraida
fija, sin ver lo que delante tiene,
y en turba al parecer descolorida
pasan por su memoria sus ideas
tardas en paso y en contorno feas.
Encendidos sus párpados, parece
que romper á llorar tal vez ansían,
y pálido el carmin que antes tenian
sus labios, que el amor ora enardece,
muestra, por Dios, (y ciegos lo verian)
lo que su inquieto corazon padece.
A veces frunce receloso el ceño
cual si oculto terror la amedrentára,
y á veces gime, cual si horrible ensueño
su apesarado espíritu acosára.

Á veces reteniendo en su garganta
el conturbado aliento,
agitado su pecho se levanta
cual mar que turba desigual el viento.
Y á veces ténuamente respirando
toda la fiebre ahogando, que la agita
en sueño dulce, misterioso y blando
tranquilamente al parecer dormita:
todo en ella por fin está mostrando
que grave asunto con afan medita,
y que si acaso la razon le asiste
prestarla fé su corazon resiste.
Largo tiempo pasó de esta manera,
hasta que al fin saliendo de repente
de su enajenacion, rápidamente
formó sin duda decision postrera,
y al punto se quitó de la vidriera.
Falsa sonrisa en derredor vagaba
de sus fruncidos labios al quitarse
y siniestra su faz amedrentaba,
amarga su espresion de contemplarse:
y con prudente voz llamando á Estrella
y á sus palabras dando astuto giro
exhalando un suspiro,
plática tal enderezó con ella.

LA CONDESA.

Mucho te he amado siempre, Estrella mia,
mis secretos mas graves
siempre mi corazon del tuyo fia,
que de mi corazon tienes las llaves.
Que me sirvas espero
leal correspondiendo á mi cariño
en un negocio, que encargarte quiero.

ESTRELLA.

Vuestra, señora, soy, y ya os he dicho
en otras empeñadas ocasiones
que ley es para mí vuestro capricho,
y los antojos vuestros son razones.

LA CONDESA.

Óyeme pues, Estrella,
que cosa es que me importa
y tiene ejecucion fácil y corta.
El conde, mi buen hijo don García
secreto mal padece
que descuidado mas de dia en dia,
de dia en dia con peligro acrece.

Apuré las razones
los argumentos agoté del todo
para hacerle tomar una bebida
que puede solo resguardar su vida,
y de usarla con él no encuentro modo.
Un solo medio veo solamente:
tómela de tu mano incautamente.

ESTRELLA.

¡De mi mano, señora!

LA CONDESA.

Si por cierto;
el cree que és un secreto su dolencia
que juramos guardar en la conciencia
los médicos y yo, que la sabemos,
y solo de nosotros se recela
que á su pesar curársela queremos,
y es inútil contigo su cautela.
¿Qué dices?

ESTRELLA.

Yo, señora....

LA CONDESA.

Desconfias
de su madre tal vez? mujer ingrata,
¿no le he llevado en las entrañas mias?
por sospecha tan ruin ¡viven los cielos!
que inaudito castigo merecias.

ESTRELLA.

¡Oh! perdon, mi señora la condesa,
calmad vuestros enojos;
que en ocasion tan grave
la duda es natural en quien no sabe.
Mas hablad, disponed, toda soy vuestra,
huérfana y pobre me ofrecí en la infancia
para solo serviros, y de entonces
fuísteis mi madre vos, vos mi maestra.

LA CONDESA.

Pues bien, que sea hoy mismo me interesa.

ESTRELLA.

Mas la ocasion...

LA CONDESA.

Muy fácil: en la mesa.
Yo el elixir derramaré en su copa,
tú se la servirás cuando la pida
y de este modo le darás la vida.

ESTRELLA.

¿Yo se la he de servir....?

LA CONDESA.

Seguramente.
Que la beba es de ti nuestra fortuna,
mas sin señal de inteligencia alguna
con mano firme y con serena frente.
¿Entiendes?

ESTRELLA.

Será asi.

CONDESA.

Pues así sea

y ayúdame á acostar Estrella ahora,
y cierra ese balcon porque no sea
de una noche de amor puerta traidora.

ESTRELLA.

Cierro y tranquila reposad, señora.
Y al vecino aposento
salió Estrella obediente,
mas, ¡ay! que no avezada al fingimiento
trémula fué, y el rostro macilento
á dar en un sillon lánguidamente:
y en su errante mirada
veíase en verdad su afan interno
y su pavura al crímen retratada.
Meditó largo tiempo silenciosa
inmóvil é indecisa
hasta que vaga y singular sonrisa
que la escitó una idea generosa
tendió sus lábios, y avivó su prisa.
Abrió una puerta, pues, con mucho tiento
y por una escusada escalerilla
cabo á poner á su secreto intento
en la antesala dió del aposento
de don Garcia, Conde de Castilla.
Su paje favorito allí velaba.
si, allí Montero á la sazon se hallaba

y á la llegada de su amante Estrella
en un sillon de roble dormitaba,
mas despertóse al percibir su huella.
¡Hermosa! dijo, y la tendió los brazos,
mas ella suavemente
esquivando sus lazos
peligrosos tal vez, rápidamente
con voz turbada, y con prudencia mucha
apartóle diciendo: *Sancho, escucha.*
Hízolo Sancho asi, y al ir oyendo
lo que ella en baja voz le iba diciendo,
notábase mas claro á cada instante
que el fuego del furor iba subiendo
desde su corazon á su semblante.
¡*Bien*! dijo el mozo al concluir Estrella:
vete tranquila, que estaré presente;
y á punto tal tornándose la bella
por la misma escalera donde vino,
tornóse á su sillon tranquilamente
Montero, y á cumplir con su destino.

Y el sol por el firmamento
á largo andar se venia,
cuando llamó soñoliento
desde su próximo aposento
el conde Sancho García
Montero, como le oyó,
de la mámpara al dintél
atento se presentó,
y tras algo que le habló
cerróse dentro con él.
De la fatiga al quebranto
rendíase al sueño en tanto
en la antecámara Estrella
de su ama; mas ¡ay! que de ella
se huia tan dulce encanto.
A vueltas sobre su lecho
con el afan de su pecho,
hasta el aire que aspiraba
la parecia que estaba
emponzoñado y estrecho;
En vano el rostro agitado

del uno y del otro lado
acomoda entre la ropa,
los ojos se la han cerrado
con la imágen de una copa,
y aunque sin luz los mantiene
por mucho que los aferra,
su odioso contorno viene
á dar á sus ojos guerra,
y despechada la cierra.
Por mas que en dulces memorias
su mente estraviar procura
y en sazonadas historias,
sus dichas torna ilusorias
la copa de su amargura.
No duerme no, que el impulso
de un pensamiento cruel,
dentro del cuerpo convulso
se la desborda del pulso
toda su sangre en tropel.
Ideas mil en su mente
que fermentan en monton
la atormentan fieramente
y siempre el latido siente
del trémulo corazon.
No duerme, no, que en el alma
do la virtud no respira
la paz del reposo espira

y el airado el sueño retira
el bálsamo de la calma.
No duerme no, la condesa:
que vela desesperada,
de remordimientos presa
siempre anhelando ¡malvada!
lo mismo de que la pesa.
La pesa, sí, mas no halla
otro remedio al amor,
que en su corazon batalla,
y lucha contra la valla
de su amancillado honor.

«No! dice en su desvarío,
ceder no sabré jamás,
por Dios que me sobra brío!
Ven, Muza, y si tú eres mio,
¿qué me importa lo demas?

Tendamos, lector, un velo
sobre esta infernal pasion,
que de escudriñar me duelo
secretos que puso el cielo
del hombre en el corazon.

Con la sonrisa en los labios
y con la faz cariñosa
sentóse el conde á la mesa
en cuanto llegó la hora.
Con la sonrisa en los labios
aunque con la vista torva,
sentóse á par la condesa
en el lugar que le toca.
El hijo en el puesto bajo,
que aunque lleva la corona,
ante su madre la olvida,
y como á quien se da honra.
La madre en el preferente,
pues aunque parte no toma
del condado en el gobierno
siempre en su casa es señora.
Detrás del conde está Sancho
que la confianza goza
de su señor, y le sirve
con atencion oficiosa.
Tras doña Blanca está Estrella

que es la camarera sola
que la sirve ha largo tiempo
en la mesa y en la alcoba.
Escancia Sancho el licor
al conde con mano pródiga,
y lo hace con la condesa
Estrella con mano sobria.
Bebe el conde cual lo exijen
las fatigas que le agobian,
la condesa cual permite
el decoro en su persona.
Él como hombre que pelea
caza y medita y trasnocha,
ella cual madre de príncipes
y como ejemplar matrona.
Aunque larga en las viandas
mesa es en palabras corta,
cosa en quien negocios tiene
de grave interés, muy propia.
Crúzanse pues las palabras
interrumpidas y pocas
en tanto que los manjares
el apetito acogotan.
Sancho, dijo de repente
el conde, escancia Borgoña,
que aunque es licor estranjero
deja buen gusto en la boca.

Lo cual la condesa oyendo
intervino presurosa:
Estrella, sírvele al conde,
Sancho, trincha tú esa lonja
que aunque de parte escojida
no tiene punto de sobra.
Palideció un tanto Estrella
asiendo al punto la copa,
y asió del cuchillo Sancho
con mirada escrutadora.
Frunció doña Blanca un poco
los labios que descolora,
lijero matiz morado
señal de temor ó cólera
y don García sereno
con gravedad magestuosa,
fijos los ojos en ella
el vaso llevó á la boca.
Paró el cuchillo Montero
inmóvil sobre la lonja
que dividia, y Estrella
se estremeció de congoja:
en tanto que doña Blanca
con hondísima zozobra
le contemplaba, sus ojos
saltándola de las órbitas;
y en este momento el conde

alargándola la copa,
la dijo con voz tremenda:
«Bebed primero, señora.»
—¡Yo! replicó la condesa
con voz descompuesta y cóncava.
—Vos misma, la dijo el conde
con voz iracunda y bronca.
Postróse Sancho de hinojos
sentencia tan horrorosa
al escuchar, pero en vano
nada á don García asombra.
De cólera y de venganza
vértigo infernal le acosa,
y todo su sér á su ímpetu
se descompasa y trastorna.
Todo recuerdo calmante
toda intencion generosa,
de la indignacion á impulsos
del corazon se le borra.
Y con el brazo estendido
y faz amenazadora,
á la condesa presenta
resueltamente la copa.
—¡Señor! esclamó Montero,
¡Vasallo! (en voz tronadora
interrumpió don García,)
quien por infames ahoga

solo cavar su sepulcro
junto á su sepulcro logra.
Ya la condesa volviéndose
siguió diciendo: señora,
venderle queréis al moro
mi cabeza y mi corona
que con torpeza maldita
y amor sacrílego compra;
á morir pues disponeos
como liviana y traidora.
—Hijo mio!
—No, apartad
tal nombre de la memoria
¡y voto á Dios! bebed pronto
que mi paciencia se agota.
—Hijo mio, por la santa
esperanza de una gloria...
—Callad y apurad el vaso...
esa es la vuestra y no hay otra.
Y aqui la condesa viendo
que es vana esperanza toda
desesperada y sañuda
contra sí misma se torna.
Radió en su fiero semblante
horrenda espresion diabólica,
relámpago del infierno
que en su corazon aloja;

y con firmeza que fuera
en causa mejor heróica
apuró de un solo trago
la preparada ponzoña.
Cayó sin sentido Estrella,
en oracion fervorosa
Sancho encomendó su alma,
y el conde con mano pronta
arrojó contra las tapias
el resto de la ponzoña.
Quedó la condesa un punto
fantasma amedrentadora
frente á don Sancho en silencio,
mas pronto el fatal Borgoñà
tendióla en tierra de espaldas
al fin desastrado próxima.

CONCLUSION.

Es una noche lóbrega y oscura:
no ilumina la luna el firmamento,
y en la atmósfera impura
densos vapores amontona el viento.
De espesos nubarrones
por su turbado azul lentos avanzan
preñados escuadrones,
que el aire sorben donde el aire alcanzan.
No corre ni una ráfaga perdida
que temple de la atmósfera el bochorno,
y el aura de la tierra desprendida
exhalada parece de algun horno:
y dijeran que huméa
próxima á vomitar la oculta llama
si el relámpago pronto centellea

y el ronco trueno en las alturas brama.
En un balcon que á los jardines mira
del palacio de Búrgos, en que mora,
sombrío y melancólico suspira
don García á deshora.
El és; y al recordar de doña Blanca,
su muerta madre, el infernal intento
hondos suspiros de su pecho arranca,
que rechaza tal vez el firmamento.
Y el llanto que en sus párpados se estanca
y el semblante humillado y macilento,
muestran que es ya su bárbara sentencia
carcoma que desgarra su conciencia.
Sus miradas en tierra, distraido
fija, sin ver lo que á sus ojos tiene,
y en confuso tropel descolorido
pasan por su memoria las ideas
tardas en paso y en contorno feas.
A veces frunce, receloso, el ceño
cual si oculto pesar le atormentára,
y á veces gime cual si en negro sueño
fantasma aterrador se le mostrára.
A veces reteniendo en su garganta
el desigual aliento
agitado su pecho se levanta
cual mar que en tumbos desordena el viento.
Y á veces tenuamente respirando,

resistiendo la fiebre que le agita,
en siniestro delirio divagando
lánguidamente al parecer dormita
todo al fin en el Conde está mostrando
que grave asunto con afan medita
y se ve que su bárbara sentencia
es el peso que abruma su conciencia.
Muchas veces acaso en su abandono
las leyes invocó que defendia;
razon hallaba en el salvado trono
que su venganza autorizar podia,
pero siempre tras él con fiero encono
salir la sombra de su madre via
y la ley, la razon y el pensamiento
cedian al tenaz remordimiento.
Mas tendamos, lector, un velo oscuro
sobre este cuadro de venganza y duelo,
que es caso á fé de comentarse duro
que ya ha pesado en su balanza el cielo.
caso, lector, (y con verdad lo juro)
cuya razon escudriñar no anhelo,
pues pliegues son del corazon humano
que intenta el hombre penetrar en vano.

Largo tiempo pasó de esta manera
y mucho mas el Conde asi pasara
si por bajo cruzar de su vidriera
misterioso embozado no mirara.
A la rápida luz de los relámpagos
su bulto en las tinieblas perseguia,
los ojos con afan desencajando
si en medio las tinieblas le perdia;
mas siempre hallarle en el jardin rondando
con el nuevo relámpago volvia.

Brotó en su corazon sorda sospecha
y espoleando el honor sus presunciones
pronto entendió que el embozado acecha
de su alcázar ó puertas ó balcones.
Y á poco seña misteriosa oyendo
por una reja le alcanzó trepando,
y en ira á él encaminóse ardiendo.
Con silenciosa y recatada huella
Llegó á la estancia de la hermosa Estrella,
y luz viendo alumbrar la cerradura
la airada vista enderezó por ella.
Mas apenas la línea habia cogido
que la abertura con la luz marcaba,
oyó como de gente que lidiaba
dentro del cuarto temeroso ruido.
Entre él y la bujía en un instante

dos cuerpos á la par se interpusieron,
que á poco en bamboleo vacilante
á la par con estrépito cayeron.
Lánzase dentro el irritado conde,
y al ver el sitio donde
la luz prosigue, la afilada punta
les pone de su estoque á la garganta.
Y *¿quién se atreve, vive Dios!* pregunta.
A cuya voz: *¡Yo soy!* Sancho responde,
que de ellos solamente se levanta.

EL CONDE.

¡Qué es esto, Sancho!

SANCHO MONTERO.

Señor,
si es que lo hecho os enoja,
sacadme con esa hoja
el alma que os dá el honor.

EL CONDE.

Concluye, Sancho, ese hombre
que tienes muerto á tus pies
bañado en sangre, ¿quién es?

—Muza, Señor, que os asombre!
Sin miramiento al decoro
que en vuestra casa se encierra,
contando iria á su tierra
vuestra deshonra ese moro.
Yo le esperé y le maté;
si os culpa su muerte, señor,
tratadme como traidor
y entregadme, que yo iré;
Pues quiero de mejor gana
que el moro traidor me llame,
que oirle dar por infame
á una noble castellana.
Tendióle el conde la mano
tal oyendo, y replicó:
Sancho, así quisiera yo
todo el pueblo castellano.
¿Cuál es el tuyo?

SANCHO MONTERO.

Espinosa.

EL CONDE.

¿Eres noble?

SANCHO MONTERO.

Hidalgo soy.

EL CONDE.

Tu casa será desde hoy
y tu familia famosa.
Desde hoy serán mis monteros,
y de lealtad por gala
dormirán en mi antesala
sus bizarros caballeros.
Y lléveme Belcebú
si temo á nadie en la tierra,
si en la paz son y en la guerra,
todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria
que de su madre guardó,
escuso decirla yo,
pues te lo dice la historia;
recuerdos hay todavía
que atestiguan opulentos
los muchos remordimientos

del conde Sancho García.
Diré, pues, la sola cosa
que sus recuerdos exigen,
y es; que de él tienen orígen
los Monteros de Espinosa.

DOS HOMBRES GENEROSOS.

LOS HOMBRES GENEROSOS.

DOS HOMBRES GENEROSOS.

LEYENDA ORIGINAL.

INTRODUCCION.

Envidiable es á fé don Luis Tenorio,
su riqueza envidiable y su fortuna;
en Cádiz vive del comercio emporio
y oro sobre oro comerciando aduna.
Jóven, valiente y de encumbrado origen,
no es como otros mancebos altaneros,
que solamente su ambicion dirigen
su orgullo á alimentar de caballeros,
Y en banquetes y amores
consumen su salud y sus dineros;

y con mengua y baldon de sus mayores
mueren entre rufianes y acredores.
No, vive Dios! Don Luis lleva una espada
en el cinto prendida
y aunque de sangre alguna vez teñida,
con infame traicion nunca manchada
siempre con honra la llevó ceñida.
Cortés, galan y afable,
pronto á satisfacer, jamás esconde
su faz al lidiador mas formidable,
si una ofensa vengar le corresponde.
Pero calculador como valiente,
noble viéndose ya por nacimiento
que era mejor imaginó prudente
no alcanzado morir, sino opulento.
Dióse al comercio pues, y la fortuna
tan próspera le fué, tan halagüeña,
que no hay empresa alguna
en que no doble el capital que empeña.
No tiene un buque que á la mar botado
no torne al puerto de botin cargado;
Ni hay cambiante en Europa ni banquero
que no admita su firma por dinero.
Ni playa oculta, ni nacion remota
donde suya no aporte alguna vela,
y no le traiga de su tierra ignota
prenda de gran valor en jóya ó tela.

Lóndres, Génova, el Cairo, Alejandría,
Venecia.... el mundo entero
recorren sus pilotos cada dia,
y siempre afortunados en sus viajes
ni sufren de corsarios abordajes,
ni fiero temporal les descarría.
Mira Tenorio en su fortuna inmensa
de su escesivo afan la recompensa;
mas cuanto rico y noble generoso
cual comerciante avaro ú envidioso
no calcula ni piensa.
Y no hay en la ciudad triste ó mendigo
que á sus puertas acuda inútilmente,
ni tiene un solo amigo
que con su bolsa en la ocasion no cuente.
Y si un colega el capital espone
y la fortuna ruin se lo devora,
la amistad de Don Luis se lo repone
sin desear su mano bienhechora
del que el favor recibe mas usura
que gratitud... y próspera ventura.
Tal es, lector, el hombre
de quien hablarte quiero,
y cuya historia espero
que te suspenda el ánimo y te asombre.
No hay en ella magníficas escenas
de combates, y muertes, y sucesos

estrepitosos llenas,
ni por objeto mi leyenda tiene
la fortuna y el bien de un grande imperio;
la reaccion que dicen que conviene
sufra la sociedad; esto es muy serio,
y no me siento yo con tanta fuerza
para que el siglo ante mi voz se tuerza
y varíe de faz nuestro hemisferio.
No es pará mi tan colosal hazaña:
la sociedad quien pueda regenere,
yo cantaré despues cuando muriere
la suerte que su afan diere á la España.
Mas es un cuento asaz entretenido
con puntas de moral, sana y sencilla,
en Castilla aprendido,
á manera contado de Castilla.
Eso sí, miserable y reducido,
obra infeliz, sin pretension alguna,
que sale encomendada á su fortuna,
Cuento no mas, sin humos de *poema*,
que ese es lector mi intento
y no va mas allá mi pensamiento:
divertirte y no mas es mi sistema.

———

DON LUIS.

¿Como tan pronto la vuelta?
Esplicaos capitan.

EL CAPITAN.

Cosas son que os pasmarán.

DON LUIS.

Dad pues á la lengua suelta.

EL CAPITAN.

Es pues el caso, señor,
que acerté en Alejandría
á entrar con el mejor dia,
y con el sino mejor.
Fuime derecho al mercado,

mas no bien puse allí el pié
¿con quién direis que topé?
con el mercader pasado.

Asióme con mil estremos,
y á fuerza ó de voluntad
metióme por la ciudad:
venid: dijo y *hablaremos*.

El calor es escesivo,
capitan, y mientras pasa
descansareis en mi casa,
donde vereis que os recibo
con cuanto agasajo puedo.
—Yo respondí: *y vos, Señor,*
vereis á tan alto honor
cuan agradecido os quedo.

Entramos pues en su casa,
¡mas válgame Jesucristo!
en mi vida habia yo visto
opulencia tan sin tasa.

Qué tapices y qué alfombras!
¡qué joyas de tanto precio!
Quedéme en fin como un necio
la vista haciéndome sombras.

Llevome á sus almacenes,
y ved cual me quedaria
cuando oí que me decia:
«Cristiano, de cuanto tienes

á tus ojos manifiesto
elige, y no me andes parco:
aquí has de cargar tu barco
que así lo tengo dispuesto.
—Señor, imposible.
—No;
cuanto digas será en vano,
no ha de ser nunca un cristiano
mas generoso que yo.
A tu amo por simpatía
en tiempo ya muy remoto,
enviele con un piloto
un corto regalo un dia.
Hice yo esto nada mas
de su esplendidez prendado,
y sin pensar de contado
que se mentara jamás.
Pero en el año siguiente
él con tu barco me envió
un doble de lo que yo;
admitílo cortesmente,
Porque en verdad no creyera
que intentaba desairarle,
mas ganoso de pagarle
cuando ocasion me viniera.
Escusándola él quizá
no envió mas su barco aquí,

mas hoy te sorprendo á tí
y has de escojer ¡juro á Alá!
Lo que te plazca mejor
para volverte al momento,
sin llevar mas cargamento
que un presente á tu Señor.

DON LUIS.

Y vos capitan....¿Que hicísteis?

EL CAPITAN.

El partido no era malo
y cargué con el regalo.

DON LUIS.

¡Voto á San Gil, ¿lo admitísteis?

EL CAPITAN.

Por supuesto: aunque en verdad
imposible era escusarlo,
porque él mismo hizo cargarlo
y me echó de la ciudad.

DON LUIS.

Por Dios, capitan Gonzalo,
que quien sois á no mirar
os arrojara á la mar
con el barco y el regalo.
Cristiano y español siendo
sin mirar á mi decoro
¿os dejais ganar de un moro
en bizarria?

EL CAPITAN.

Yo entiendo
señor don Luis, que si veis
las joyas por vuestros ojos,
calmareis vuestros enojos
y mas justicia me hareis.
¿Qué diablos perdeis en ello?
vos cumplísteis como noble,
y él volviéndoos un bien doble
no os echa un cordel al cuello.
Y ademas si el moro...

DON LUIS.

Nó.
Cuanto me digais es vano:

no ha de ser nunca un pagano
mas generoso que yo.
¡Esto por Dios me faltaba!
y de este modo diciendo
Don Luis la vista frunciendo
por el cuarto se paseaba.
Y don Gonzalo que vió
su negocio tan mal puesto
salió del cuarto, y muy presto
con el presente volvió.
Y sin otras precauciones
para salir de su empeño
á los ojos de su dueño
empezó á abrir sus cajones:
Lanzó con gran desenfado
sin mas mirar por él suelo
los rollos de terciopelo,
y las piezas de brocado.
Coronó de pedrería
un inmenso velador,
y mostró todo el valor
de lo que á Don Luis traia.
Desenvolvió diligente
los en cajas y redomas
empaquetados aromas
esquisitos del Oriente.
Y don Luis, que aunque disgusto

y enojo ademas presume
tan delicioso perfume
no pudo aspirar adusto.
Tendió los ojos en pós
del olfato, y de su afan
saliendo el buen capitan
esclamó : ¡Gracias á Dios,
Señor, que al fin de mi viaje
á ver las cuentas venís!
¿Qué tal, mi señor Don Luis,
qué os parece mi equipaje?
Aunque rédito mezquino
de vuestro enorme caudal,
no es tan pobre capital
para un capitan marino!
Mostró en sus labios Don Luis
una sonrisa agradable,
y al capitan dijo afable
bien prevenido venís.
Pero si yo Don Gonzalo
á vuestro tesoro atento
decid ¿quedareis contento
con la mitad del regalo?

EL CAPITAN.

Vuestro es cuanto yo poseo

y mi deseo es serviros.

DON LUIS.

Huélgome pues de admitiros
la mitad de ese deseo;
podeis capitan tomar
lo que os guste, y no andeis parco:
mas preparad vuestro barco
para hacernos á la mar.

EL CAPITAN.

¿A la mar?

DON LUIS.

Sí, don Gonzalo,
voy á aprontar un tesoro
para pagar á ese moro
por mi mismo su regalo!

EL CAPITAN.

Señor estais loco?

DON LUIS.

No,
cuanto digais será en vano,
no ha de ser nunca un pagano
mas generoso que yo.

Casi un año despues, al occidente
del faro colosal de Alejandría,
un buque de la España procedente
anclas echaba y velas recogia.
Vistosas banderolas
adornaban sus altos masteleros,
y las movibles olas
reflejaban las armas españolas,
que izaban los gallardos marineros.
Y dos hombres de pie sobre la popa
del moribundo sol á los reflejos,
contemplaban callados á lo lejos
aquel puerto famoso,
del cual como de sueño vagaroso
se habla tal vez en la lejana Europa.
Y uno de ellos acaso
rico de hacienda y de instruccion no escaso,
traia á su memoria
de aquella poderosa Alejandría
la magnífica historia
que escrita en libros aprendió algun dia.

Y vagaban sus ojos,
y buscaban en vano sus deseos
los confusos despojos
del soberbio palacio
que elevaron allí los Tolomeos:
buscaban el espacio
que ocupó el Hipodrómo,
y el Timonio y las célebres Agujas
de la bella amorosa Cleopatra,
y cien otros antiguos monumentos
transformados ó rotos á las manos
del tiempo y de los árabes sangrientos.
Y en memorias tan mágicas su mente,
y en tan bellos recuerdos abismada
no via una barquilla que lanzada
surca hácia ellos la mar rápidamente.
Una lancha ligera
para una fiesta apercibida era:
y al estilo de Oriente engalanado
venia en ella un grave personaje
por remeros esclavos remolcado,
de súbditos humildes circundado,
que servil le rendian homenaje.
Y ya á distancia corta
llegar del buque anclado
la gran tripulacion miraba absorta,
cuando al hombre en memorias abismado

que en la popa seguia distraido
llegóse el capitan alborozado
con rapidez diciéndole al oido:
Don Luis, el mercader.
—¿Qué es, D. Gonzalo?
—Que ese bote que viene hácia nosotros
os trae al mercader que hizo el regalo.
—Ved que hablais, capitan.
—Don Luis, lo dicho:
ese es el mercader.
—Mas la noticia
de mi venida...
—Su atencion es mucha,
y mucha su malicia.
Seguro estoy, don Luis, que no ha pasado
un dia en que en la playa
no haya diestro vigías apostado
para vernos venir.
—¿Creeislo?
—¡Vaya!
Pero vedle que llega:
lo mismo que es su porte magestuoso
su corazon es noble y generoso.
Y aqui la voz el capitan alzando
mandó tender la escala, y tal empeño
y tal estimacion viendo su dueño,
con sonrisa amorosa y rostro blando

los brazos tendió al árabe, que en ellos
los suyos enlazando,
con emocion oculta sollozando
los rizos le besó de sus cabellos.
Y con muestras de amor nada postizo,
títulos cariñosos prodigóle
en español purísimo y castizo,
y de aquesta manera al fin hablóle:
—Generoso español, ya me temia
que tu gallarda y singular nobleza
á este punto por fin te arrastraria.
Sí, siempre con certeza te esperaba
y á recibirte apercibido estaba,
y aposento en mi casa te tenia.
Ven, y ya que servirte
allí me ofrece mi dichosa estrella,
noble hospitalidad, verás en ella.
Ven á mi casa, amigo,
y que tu gente toda
venga si quieres á la par contigo.
Así el árabe, dijo: y respondiendo
cortesmente don Luis á sus razones
pasó á su lancha á su amistad cediendo:
que el capitan llevase disponiendo
su equipaje tras él, y los arcones,
en que sabia el capitan Gonzalo
que llevaba las tornas del regalo.

Lector si acaso has leido
en mis viejas poesías
las que he puesto yo en olvido
orientales fantasías,

Y si aun te acuerdas de aquellas
historias peninsulares,
que son en verdad tan bellas
como pobres mis cantares;

De aquel palacio en Granada
con jardines y con flores,
do hay una fuente dorada
con mas de cien surtidores;

Si aun te acuerdas de aquel moro
cuyo parque y señorío
coge, de encantos tesoro,
toda la orilla de un rio;

Donde la altiva palmera
y el encendido granado
junto á la frondosa higuera
cubren el valle y collado;

Donde el robusto nogal,
donde el nópalo amarillo,
donde el sombrío moral

crecen al pié de un castillo:
Y hay olmos en su alameda
que hasta el cielo se levantan,
y en redes de plata y seda
pájaros presos que cantan:
Aquel moro que promete
con altivez mahometana
en su oculto gabinete
dar á una esquiva cristiana;
Riquísimos terciopelos
y perfumes orientales,
de Grecia cautiva velos
y de Cachemira chales;
Blancas y sutiles plumas
para que adorne su frente,
mas blancas que las espumas
que alzan los mares de oriente:
Y perlas para el cabello,
y baños para el calor,
y collares para el cuello,
para los labios amor:

Si aun, lector, no has olvidado
las canciones que algun dia
en honra y préz he entonado,
del bello tiempo pasado
glorioso á la patria mia:

Del tiempo de aquel Boabdil
que lloró sobre el Jenil
sin amparo que le acorra,
como una cobarde zorra
entrampada en un redíl;
De las torres orientales
que levantando insolentes
sus agujas desiguales,
mecen las auras corrientes
en trémulas espirales:
Y las cifras misteriosas
que cual labor sin objeto
de esas cuadras ostentosás,
de crónicas amorosas
guardan el dulce secreto:
Y los anchos sicomoros,
y los arroyos sonoros
que llevan marcas y nombres,
que no entendemos los hombres
y que comprenden los moros:
Y las hondas galerías
que se esparraman sombrías
del palacio en el recinto,
en faz de intrincadas vias
de confuso laberinto;
Y los mágicos retretes,
y los frescos gabinetes

do la sultana ado rmida
pasó gozando la vida
al vapor de les pebetes;

Si de estos cantares mios
y de esta morisca historia
guardas idea ó memoria,
¡oh buen lector! hasta hoy,
solo una imágen mezquina
todo esto te representa
de la mansion opulenta
donde á conducirte voy.

Palabras no hay en mi lengua
ni fuerza en mi fantasía,
de la hermosa Alejandría
y del rico mercader,
para contar sin agravio
de la ciudad, ó del moro,
de este el inmenso tesoro,
de aquella el fausto y poder.

Esos fantásticos sueños
de imponderable riqueza,
de voluptuosa pereza
y de embriaguez oriental,
veíanse realizados

del árabe generoso,
en el palacio ostentoso
desde el magnífico umbral.

Y deslumbrados y atónitos
los ojos del Sevillano,
su mente aspirando en vano
tal riqueza á comprender:
Seguia absorto y hundido
en mágico arrobamiento;
por uno y otro aposento,
los pasos del mercader.

Los mas preciosos tapices
do quier vestian los muros,
y los perfumes mas puros
humeaban por do quier.
Gozaba ansiosa la vista
los mas brillantes colores,
el aura exhalaba olores
y henchia el alma el placer.

Condujo á don Luís el árabe
á un voluptüoso baño,
que de agua llenaba un caño
destilada de azahar,
donde esclavas le sirvieron

refrescos en ricas copas,
y sutilísimas ropas
con que su cuerpo enjugar.

Con suave canto arrulláronle
de su ablucion el sosiego,
y acompañáronle luego
á un oloroso jardin,
donde mostrando su huésped
cuánto agradarle desea,
previno, á usanza europea,
un opíparo festin.

Sirviéron profusamente
los mas gustosos manjares,
con danzas y con cantares
acrecentando el placer:
y encomiándole lo mucho
que el de Don Luis le interesa,
los honores de la mesa
le iba haciendo el mercader.

Mandó don Luis que trajesen
el presente que traía,
conque á devolver venía
al moro su antiguo don:
y este de amistad sincera

llenos en llanto los ojos,
fué á recibirle de hinojos
con grave satisfaccion.

Con amorosas palabras
elegantes y sentidas,
gracias le dió repetidas,
y su presente encomió.
Y asi, encendiendo sus pipas
donde aromas aspiraban,
mientra un punto reposaban,
tal plática se entabló:

DON LUIS.

Pues solos buen moro estamos
fuerza es que amigos hablemos.

EL ÁRABE

Solo serviros debemos;
hablad pues, que os escuchamos.
Luz, ¡oh cristiano! y honor
verterá en mi vuestra boca:
de vos aprender me toca,
y héme ya atento, señor.

DON LUIS.

Que me escuseis os suplico
ceremonias orientales:
Amigos somos, é iguales.

EL ÁRABE

Si os place asi, no replico.

DON LUIS.

Ahora bien: por mi presencia
nada ha de ostentarse aquí:
vivamos como sin mi,
suprimid tanta opulencia.
Quieroos con sinceridad;
si me quereis con nobleza,
pienso que tanta largueza
desfigura la verdad.
Derramar vuestro tesoro
por obsequiarme no es justo,
ireme, y con gran disgusto
si dais en prodigar oro.
Sé, que os servísteis mandar
regalar mucho á mi gente

y el vulgo asaz maldiciente
podrá de ello murmurar.

EL ÁRABE.

Murmure cuanto quisiere;
mas pláceme antes de todo,
(porque amaros de este modo
no en mi estraño os pareciere.)
Esplicaros la razon
de esta amsitad que os profeso.

DON LUIS.

Ansioso estaba yo de eso.

EL ÁRABE.

Pues estad con atencion.
Aunque de Siria nacido
bajo el abrasado Sol,
mucho ¡ay de mí! de español
con la sangre he recibido.
Mi padre nació en la orilla
del cristalino Genil,
y lidió por Boabdil
con las huestes de Castilla.

Al fin sucumbió con él
y con su hacienda cargando
pasó al Africa, llorando
su enemiga suerte cruel.
Mas siempre con ella en guerra,
siempre con él inconstante,
desventurado y errante
andubo por mar y tierra.
Paró por último aqui,
dióse en el último tercio
de su existencia al comercio;
y en este tiempo nací.
Los españoles cantares
conque lloró su fortuna,
me arrullaron en la cuna
al compás de sus pesares.
De Granada y de su historia
las sentidas tradiciones
son las primeras lecciones,
y aprendi yo de memoria.
....
.... (1).

(1) Nota del autor. La historia del mercader de Alejandría compone otra leyenda oriental, que por sus dimensiones ha sido forzoso suprimirla en este tomo.

Y asi pasaban sus dias
en regalos y banquetes
prolongando sus orgías
hasta el matutino albor.
Mezclando el lujo de oriente
con la ilustracion de Europa,
su vida vá viento en popa
por el golfo del amor.

Las esclavas mas hermosas
escogidas en Circasia,
con todo el fuego que el Asia
enciende en su corazon.
Allí á don Luis encadenan
con sus gracias seductoras,
y allí se le van las horas,
y con ellas la razon.

En el deleite adormido
y en la molicie, no piensa
en una riqueza inmensa
que se disipa por él;
Y olvídase que su huésped
por mas que sea opulento,
derrama el oro sin cuento
por festejar á un doncél.

Esclavo de su indolencia
de que resbala se olvida
tan torpemente su vida
de una en otra bacanal:
Y que depuesto el decoro
de un caballero cristiano,
vive como un africano,
materialista inmoral.
Y mientras él goza alegre
de su presente ventura,
tal vez su gente murmura
supersticiosa además.
Y hasta el capitan Gonzalo
de su placer compañero,
con su silencio severo
se lo echa en cara quizás.

Don Luis advirtió sin duda
la boca de aquel abismo
y en cuentas consigo mismo
á solas al cabo entró.
Y una mañana bajando
del árabe al aposento
con irrevocable acento
su partida le anunció.
¿Tan pronto os vais?
—Es preciso.

Rápido el tiempo se me huye
y cada instante me arguye
las pesadumbres que os doy.
Mañana me hago á la vela,
mirad qué habeis de mandarme.
—¿Tan pronto quereis dejarme?
—Resuelto á partir estoy.

Súplicas, ayes, caricias
y especiosas reflexiones
fueron vanas tentaciones
para el alma de don Luis.
Y el mercader comprendiendo:
que su afan seria inútil
dijóle al fin desistiendo
sea pues como decís.

Mas vano es que de mi casa
salir su merced pretenda
sin llevar alguna prenda
que le recuerde mi amor.
Venid, Español, conmigo,
venid á mis almacenes,
y escogeréis de mis bienes
lo que os parezca mejor.

DON LUIS.

Para jamas olvidaros
me bastan vuestros favores,
que son las prendas mejores
de vuestro amor para mí.

EL MERCADER.

Esas escusas efímeras
no tienen para mí peso.

DON LUIS.

Buen moro, desistid de eso
que no ha de ser.

EL MERCADER.

Será, sí.
Sin una prenda elegida,
yo partir no he de dejaros:
la mano no he de soltaros
primero que la escojais.
Venid.

DON LUIS.

Os sigo á la fuerza
pues que me llevais asido
mas á ello estoy decidido
é inútilmente porfiais.

EL MERCADER.

Ya teneis ante los ojos
cuanta riqueza poseo;
ahora decidle al deseo
que pida y sin poquedad,
porque sin un don precioso
que no avergüence á mi mano,
seguro estad, castellano,
que no os vais de la ciudad.

DON LUIS.

Yo en permanecer en ella
por vos forzado consiento;
mas espiaré el momento
de partirme y la ocasion.
Y de vuestro amor entonces
no una amistad cariñosa,

sino gratitud forzosa
guardará mi corazon.

Sí, la amistad verdadera
la voluntad solo quiere,
y la voluntad prefiere
al mas preciado valor.
Vuestros dispendios me enojan
y si hemos de ser amigos,
los cielos me son testigos
que esa es mi prenda mejor.

Ni un hilo de este tesoro
que aquí me mostrais admito:
lo ya hecho es infinito
y el oro me sobra á mí.
Vuestros pasados regalos
son ya escesivos, y en ellos
he visto dones tan bellos
como los que veo aquí.

Y en fin de obrar libremente
os dejo absoluto dueño,
mas tan tenaz es mi empeño
que del no me apartareis.

EL MERCADER.

Está bien, pues tal cuidado
os tomais por mi tesoro,
cosa os daré que con oro
adquirirla no podeis.

Y asi el mercader diciendo
con paso acercóse grave,
á una puerta cuya llave
volviendo con rapidez,
mostró á la vista asombrada
del generoso cristiano,
un portento soberano
de lujo y esplendidez.

No sus sentidos gozaron
en otra ninguna estancia,
tan deliciosa fragancia
encanto tan seductor.
La luz del sol entoldaban
pabellones de colores,
y preciosísimas flores
mirábanse en derredor.

Allí entorno de los muros
veíanse blandos lechos,
de frescos tejidos hechos
convidando á reposar.
Allí se oia el murmullo
de una fuente azafranada,
que en una taza dorada
se vertia sin cesar.

Allí á su riego crecian
en ricos jarrones chinos,
los claveles purpurinos
que el Cairo tan solo dá.
Y el tulipan soberano
que Stambul adora y cria,
y la flor que á Alejandría
siempre el Asia envidiará.

Aquella rosa esponjada
cuyo esquisito perfume
el aire jamás consume
ni le llega á evaporar,
por la cual diera una hermosa
de la nublada Inglaterra
cuanto mar cerca su tierra
cuanto oro coge en su mar.

Allí brotaba en cada ángulo
de la magnífica estancia
llenando con su fragancia
toda el aura en derredor,
y los huertos mas mezquinos
profusamente la abortan,
y las esclavas la cortan
para darla á su señor.

Allí del galan Tenorio,
la deslumbrada pupila
desmenuzando vacila
tanta opulencia oriental,
y el agua, la luz, las flores,
los naturales primores
compiten con los mayores
de el oro, el jaspe, y coral.

Aquellos lechos de plumas,
aquellos baños de plata,
la tornasolada y grata
claridad que reina allí,
los muebles que allí se ostentan
y de quien ignora el uso,
á don Luis tienen confuso
sin saber lo que es de sí.

¿Qué son estos aposentos
do lujo tal se atesora?
¿Qué santo espíritu mora
en este abreviado edém?
Asi don Luis se decía
contemplándolo prolijo,
cuando el árabe le dijo:
«*Esto, don Luis, es mi harém.*

Es el harem; allí el árabe
del vulgo envidioso oculta
su mas preciado tesoro,
el colmo de su ventura.
Bella mansion de deleites
que solo el amor ocupa
es el harem donde se hallan,
santuario de la hermosura.
Santuario donde profanos
penetrar no osaron nunca
los ojos de ningun hombre
con la cabeza segura.
Allí están nó las esclavas
que ante su señor se turban,
sino las reinas que gozan
con voluntad absoluta.
Las mugeres que á los moros
les place tomar por suyas
cual sus costumbres permiten
y sus leyes no repuguan.

Allí bajo techos de oro
y pabellones de plumas
para el placer se conservan
encantadoras y puras.
Baños de esencias suaves
su bello cuerpo perfuman;
preciosas telas se visten
y dulce son las arrulla.
Negras cautivas las sirven
que por do quier las circundan
para su capricho esclavas,
para su servicio muchas;
jardines tienen abiertos
de frondosidad oscura,
dó alegres pájaros triman;
dó frescas fuentes susurran:
do de los árboles altos
la espesa sombra confusa
el aura abrasada, templa,
y el sol entolda y ofusca;
donde en hamacas de seda
muellemente se columpian
del céfiro acariciadas
que en la hojarasca murmura.
Donde en el césped mullido
al son de animada música
en danzas voluptuosas

giran, se trenzan y anudan.
Donde en los huecos que ofrecen
mil artificiales grutas
sus bellos cuentos de fadas
á oir y contar se juntan.
Y allí mientras la tormenta
recia se desgaja en lluvias
y brilla con el relámpago
y con el trueno retumba,
con lámparas de alabastro
allá en el fondo se alumbran
y con cantares alegres
á la tormenta conjuran.
A una de aquestas mansiones
de artificiosa estructura
alcázar de la belleza
y red del amor, fué en suma
donde el mercader condujo
con gran silencio y mesura
al rico don Luis Tenorio
que su intencion no barrunta.
Y en una de estas mansiones
la mas lejana sin duda
pero la mas ostentosa
que en sus jardines se oculta,
fué donde encontró Tenorio
tal vez para su fortuna

cinco doncellas bellísimas
cual él no las viera nunca.
Las veinte y dos primaveras
no cuenta acaso ninguna,
aunque veinte mil hechizos
en cada cual se columbran.
Nacion y raza distinta
su forma distinta anuncia
de su belleza el carácter
y el traje diverso que usan.
Gallarda la Georgiana
ostenta medio desnuda
sus académicas formas
su tez sonrosada y húmeda:
mas perezosa la Indiana
entre blancas vestiduras
su piel de azabache muestra
sobre un almohadon de pluma.
Los velos de oro que flotan
hasta tocar su cintura,
su triste mirar, su tez
pálida como la luna,
descubren á una Italiana,
que aunque mucho disimula
por ver las playas de Nápoles
cambiara cuanto disfruta.
Sus rizos espesos de ébano,

DON LUIS.

Os sigo á la fuerza
pues que me llevais asido,
mas á ello estoy decidido
é inútilmente porfiais.

EL MERCADER.

Ya teneis ante los ojos
cuanta riqueza poseo;
ahora decidle al deseo
que pida y sin poquedad;
porque sin un don precioso
que no avergüence mi mano,
seguro estad, castellano,
que no os vais de la ciudad.

DON LUIS.

Yo en permanecer en ella
por vos forzado consiento;
mas espiaré el momento
de partirme y la ocasion.
Y de vuestro amor entonces
no una amistad cariñosa,

sino gratitud forzosa
guardará mi corazon.

Sí, la amistad verdadera
la voluntad solo quiere,
y la voluntad prefiere
al mas preciado valor.
Vuestros dispendios me enojan
y si hemos de ser amigos
los cielos me son testigos
que esa es mi prenda mejor.

Ni un hilo de este tesoro
que aquí me mostrais admito:
lo ya hecho es infinito
y el oro me sobra á mi.
Vuestros pasados regalos
son ya escesivos, y en ellos
he visto dones tan bellos
como los que veo aquí.

Y en fin de obrar libremente
os dejo absoluto dueño,
mas tan tenaz es mi empeño
que del no me apartareis.

EL MERCADER.

Está bien, pues tal cuidado
os tomais por mi tesoro,
cosa os daré que con oro
adquirirla no podeis.

Y asi el mercader diciendo
con paso acercóse grave,
á una puerta cuya llave
volviendo con rapidez,
mostró á la vista asombrada
del generoso cristiano,
un portento soberano
de lujo y esplendidez.

No sus sentidos gozaron
en otra ninguna estancia,
tan deliciosa fragancia
encanto tan seductor.
La luz del sol enlutaban
pabellones de colores,
y preciosísimas flores
mirábanse en derredor.

Allí entorno de los muros
veíanse blandos lechos,
de frescos tejidos hechos
convidando á reposar.
Allí se oia el murmullo
de una fuente azafranada,
que en una taza dorada
se vertia sin cesar.

Allí á su riego crecian
en ricos jarrones chinos,
los claveles purpurinos
que el Cairo tan solo dá.
Y el tulipan soberano
que Stambul adora y cria,
y la flor que á Alejandría
siempre el Asia envidiará.

Aquella rosa esponjada
cuyo esquisito perfume
el aire jamás consume
ni le llega á evaporar,
por la cual diera una hermosa
de la nublada Inglaterra
cuanto mar cerca su tierra
cuanto oro coge en su mar.

Secretos hay que debian
en el corazon quedar,
y en el corazon ahogarse
para no alzarse jamás.

Fiado en la buena causa
de su generosidad,
su secreto puso el árabe
en las manos del azár;
Y la suerte que de todos
se mofa al fin por igual,
atropelló su secreto
de su dicha sin piedad.

Don Luis eligió á Zulima,
la sultana que amó él mas,
y con su amigo la bella
los mares cruzando va.

Las amorosas palabras
del sevillano galan,
pronto la harán olvidarse
de su cariño quizá.

Pronto al mirarse señora,
pues nunca pensara tal,
un amo en él, no un amigo,
con desden recordará.
Pronto al ver que mar y tierra
franco camino la dan;
del rico harem el recinto
como cárcel odiará.

Los bulliciosos placeres
de Europa y su sociedad,
pronto el vacío que esconde
su corazon llenarán.
Tal vez á su fé renuncie,
pues gran tentacion será
el interés de su dueño
y el ansia de libertad.

En vano tiendes los ojos
por el espumoso mar;
¿cuál esperanza te queda?
Zulima no volverá.

En vano por las estancias
de tu palacio oriental,
la llamas con voz amante,
ya no te puede escuchar.

En vano sus veinte esclavas
velando en su cuarto están,
como si al fin le pudiera
ella, otra vez habitar.
En vano en tus tristes sueños
contínuo viéndola estás,
que al abrazarla te se huye
su vana sombra fugaz.

En vano ideas contarle
al noble español tu afan,
decirle cuánto la quieres,
pues si él te llega á escuchar,
Cual tú de tu hermosa esclava
ya enamorado estará,
y antes perdiera la vida
que volvértela á enviar.

Y aunque por ser como tú
tan generoso y leal;
devolvértela quisiera
no lo llegára á lograr.

Ella es ya libre en España,
la ley la protegerá,
y no ha de querer á esclava
desde señora tornar.

Tal vez al impulso fiero
de este recuerdo fatal,
hasta la fé en que naciste
intentas abandonar.
Y triste y meditabundo
sin reposo y sin solaz;
tu tristeza es tu alimento
y tu esperanza la mar.

Mas ¡ay! consúmete aquella,
y esta es tan poca y fatal,
que entre una y otra ¡por último!
te van á despedazar.

«Vuelve, ¡ay de mi! purísima gacela
vuelve, vuelve á tu harém de Alejandría
á cuyas puertas desolado vela
quien de tus ojos en la luz vivia.

Sin tí, se agostan mis pintadas flores,
sin tí, los ecos lastimeros gimen,
no alegran mi jardin los ruiseñores,
ni brotan mis vistosos surtidores,
que les falta el placer con que se animen.

No están conmigo ya tus compañeras,
¿sin tí qué me valían?
junto á mí, de fastidio se dormían,
y las dí libertad, y se alejaron
como garzas ligeras.
¡No las amé jamás, ni ellas me amaron!

Vuelve Hourí celestial, vuelve conmigo,
y al corazon me volverá la vida:
sin tí, no encuentro caridad ni abrigo
mi riqueza sin tí yace perdida.
¡Ah! no conocerías si volvieras,
lo que fué tu mansion, que en pocos años
se cambian las ciudades mas enteras
y naufragan las naves mas veleras,
por los mares estraños.

Mísero y triste lloro
y en abandono y soledad me veo
siempre agitado del fatal deseo
de morir á los pies de quien adoro.
¡Malhadada amistad! dura venida!
de quien mi amor robándome, me olvida!

Llanto amargo vertiendo, asi decía
el mercader, y asi se lamentaba
y su fortuna el infeliz veia,
Que al crecer su dolor, se disipaba.

Tales son de la suerte los azares,
el que en fiestas y danzas y cantares,
pasó un tiempo su plácida existencia,
hoy presa del afan y los pesares
la arrastra ya vecino á la indigencia.

Descuidó su comercio en su amargura,
su crédito menguó de dia en dia,
y sus naves sorbió la mar bravía:
uno tras otro sus amigos viles
en su infortunio al fin le abandonaron,
y sus mismos esclavos le robaron,
y sus inmensos bienes
á manos de voraces acreedores
salieron de sus ricos almacenes.
La carcoma inmortal de su tristeza
minó su corazon, y la amargura
trastornó su razon en su cabeza,
y el árabe infeliz dió en la locura.

Su palacio y su harem pasó á otras manos,
y el que opulento y poderoso un dia
asombró con su lujo á Alejandría
escarnio fue tal vez de los villanos.

En vano el infeliz dias y noches
de su antigua mansion en los umbrales,
lamentando pasó como un mendigo
sus duelos y sus males;
no salió de una reja á los cristales
su cuita á consolar un solo amigo.

Y flaco, y vacilante y macilento
estaba el mercader como una sombra
al pie de la pared del aposento
donde otro tiempo holló morisca alfombra.
y do imperando resonó su acento.

Y asi un dia pasó tras otro dia,
y año pasó tras año,
y probó cada dia un desengaño,
hasta que el pobre de vergüenza uraño
huyó de Alejandría.

En una noche oscura aunque serena
solo y á lento paso
se hundió en el mar de requemada arena.
del árido desierto de la Libia
donde solo el zarzal vegeta escaso.

Y en su lejana soledad ardiente,
perdiéndose su sombra poco á poco,
su memoria olvidó la ingrata gente
y á hablar no se volvió del pobre loco.

Cinco años pasado habian:
Don Luis en fortuna próspera
de su estendido comercio
los frutos en calma goza.
Vive en Sevilla y en ella
en rico palacio mora
do la mas alta nobleza
con sus visitas le honra:
vive en Sevilla, y con él
aquella Zulima hermosa
que á nuestra fé convertida
con él se casó y le adora.

Dejó el turbante de esclava
por una nupcial corona,
el harem por el palacio,
por Jesucristo á Mahoma.

Cambió el nombre de Zulima
por el nombre de Eliodora,
y quien en Asia fue esclava
vino á mandar en Europa.

Es una noche sombría
y una callejuela corva,
que acaba de san Francisco
en la plaza y desemboca.
Y aunque no está aquella noche
avanzada en altas horas,
las calles tiene desiertas
el recio viento que sopla.
Las rejas están cerradas
en torno la plaza toda,
de modo que ni una luz
rasga la neblina lóbrega.
Solo en los anchos balcones
de una casa grande y sola,
los cristales iluminan
mil clarísimas antorchas.
Oyese música dentro
y al compás de bulliciosa,
danza retiemblan los vidrios

á pesar de las alfombras.
Através de ellos de lejos
se alcanzan tumultuosas,
las sombras de los que danzan
ir pasando unas tras otras:
una ilusion produciendo
tan fantástica y diabólica,
que desvanece los ojos
y el corazon acongoja.
En esta casa y al son
de esta música sonora,
que en quien la habita supone
placer, opulencia y gloria,
á lentos pasos un hombre
que las desdichas agobian,
en el portal penetrando
á la cancela se asoma.
Fatigado y macilento
envuelve mal su persona,
en harapos que rechazan
hasta el título de ropa.
Su frente erguida otro tiempo
hoy hácia la tierra encorva,
y bien se ve que á la tierra
la humillacion se la dobla.
Y sus tostadas mejillas
su mirada melancólica,

la voz que del pecho arranca
ronquecida y fatigosa,
bien á las claras demuestran
el dolor, que le destroza
el corazon donde hierven
sus penas harto recónditas.
Llamó á la puerta en voz baja:
y en voz amenazadora,
¿quién vá? respondió un portero
que los dados abandona.
—¿Vive esta casa, y perdona,
don Luis Tenorio?
—Aquí mora.
¿Qué quiere?
—Hablarle un momento.
—¿Vos?
—Si.
—¿Vos, lo que no logran
los nobles al medio dia
quereis lograr á estas horas?
¡Bah! y ahora que está cenando;
¡pues no faltaba otra cosa!
—Hacedlo por Dios, amigo,
que no ha de pesaros.
—¡Oiga!
traerá visita del rey.
el perdioserol... malhora

para vos, idos, buen hombre,
que el tiempo no está de sobra.
—Por cuanto amais en la tierra
y por mas que os sea incómoda
mi exigencia, id á vuestro amo
á decir que una persona
que ha atravesado buscándole,
las montañas y las olas,
quiere tan solo traerle
un amigo á la memoria.
—Es tambien amigo suyo!
voto á san Gil, que me enoja
tanta insolencia. ¡Ea! tome,
y agradezca la limosna.

Y asi diciendo el portero
una moneda le arroja,
y las espaldas le vuelve
dando un portazo de cólera.

Quedó el miserable solo
con el carmin de la honra
sobre la faz, y en los párpados,
de llanto amargo, dos gotas.

———

Despechado é indeciso,
un momento devoróles
como pudo, y de ira trémulo
la faz, y la vista torva,
dejó la casa diciendo:
«maldita sea la hora
en que conocí tu nombre,
y oí la voz de tu boca.»
Y en el átrio de una iglesia
que halló á aquella casa próxima,
tendióse desesperado
hásta la vecina aurora.
Llorando pasó harto tiempo
males y desdichas propias,
mas el cansancio rindióle:
y poco á poco en las losas
dejó tomar á sus miembros
posicion menos incómoda,
hasta que en brazos del sueño
perdió sentido y memoria.

En esto al átrio subiendo
dos personas embozadas
tiraron de las espadas,
furiosa lid emprendiendo.

Duró la riña un instante,
cayó sin un ¡ay! el uno,
y en un callejon moruno
entróse el otro adelante.

Y ni despertó el mendígo,
ni se aproximó un curioso,
ni duelo tan misterioso
tuvo padrino ó testigo.

Allí uno de ellos quedó,
y aunque en las sombras incierto,
que de un golpe quedó muerto
bien el alba lo mostró.

Esta asomó entre arreboles
de púrpura como siempre,
para el dichoso y el triste
brillando indistintamente.
Lo hacia apenas el sol
cuando á la voz de ¡*cogerle*!
matarle! *villano*! *infame*!
los ojos abrió el inerme
mendígo, que vió al abrirlos
confuso tropel de gente
que en su redor se apiñaba
aunque la razon no entiende.
Cruzaron al fin la turba
de la justicia lebreles
con sus varas en la mano,
y el tribunal en los dientes;
amenazando prisiones
y olfateando á los pobretes,
por si faltan los culpados
que no falten penitentes.

Y asiendo del miserable,
á quien dicen ¡ese! ¡ese!
con ira le demandaron,
mas sin que él los comprendiese.
—¿Quién mató á ese hombre?
—Y de un muerto
pusiéronle frente á frente.
—No le conozco, repuso
el hombre con calma viéndole.
—¿Pues cómo estabais con él?
—Si dádole hubiera muerte
no me quedára á su lado.
«Y aqui irritada la plebe,
¡niega, gritó, que le maten!
todos lo han visto. ¡Prendedle!»
En vano tendió los brazos
que le escuchasen pidiéndoles.
En vano á la resistencia
quiso apelar muchas veces,
teníanle bien asido
de los brazos los corchetes:
Y habian ido llegando
del difunto los parientes
por él pidiendo justicia,
iracundos como sierpes.
Apenas muchos soldados
bastaron á contenerles,

y algunas manos lograron
llegar hasta el delincuente.
Mas aunque bien su persona
de la multitud defienden,
asióle uno de la capa
andrajosa en que se envuelve,
y con ímpetu tirando
rasgósela de tàl suerte,
que vieron todos los ojos
que bajo de ella mantiene
revuelto calzon morisco,
y jubon con puntas verdes.
¡Moro! esclamaron al punto,
y acreciendo doblemente
se hizo el tumulto mas fiero
por moro al reconocerle.
Abriéronse las ventanas,
las puertas y los canceles,
toda Sevilla por ellos
asomándose por verle.
Para gritar los muchachos
á los pilares subiéndose
y en los puestos y casetas
empinándose la gente.
Hubo sartas de insolencias,
y diluvio de mequetes,
codazos y pisotones

y sangrías de alfileres;
hasta que al fin por la plaza
con lanzones y broqueles
entraron por varias calles
á son de clarin, ginetes.
Y despejando la chusma
lograron á solas verse
con el difunto sus deudos
y el reo con los corchetes.

En esto don Luis Tenorio
que á su balcon salió á verles
bajo él al pasar el preso
gritó á la justicia ¡ténganse!
¿Qué quiere el señor Tenorio?
Preguntó un juez descubriéndose.
—Justicia!
—Y en que servirle
aquí la justicia puede?
—En dar libertad á ese hombre
que por Dios que está inocente!
—Ved lo que hablais.
—Está dicho,
el asesino no es ese!
—¿Pues quién es?
—Yo, y me delato.
Que suban pues á prenderme.

Yo maté anoche á ese hombre
por ocultos intereses.

Enmudecieron de asombro
los que se hallaban presentes,
unos á otros mirándose
sin decidirse á creerle.
Los parientes del difunto
por poderoso temiéndole
y admirándole en silencio
por generoso los jueces.
En esto bajó á la calle
don Luis, y camino abriéndose
hasta el réo, desatóle
con un abrazo diciéndole:
Subid, buen moro, á mi casa
y dejad que á mí me lleven
en vuestro lugar ahora,
que yo sabré defenderme.
Tendióle el moro los brazos
sin saber qué responderle
llamándole amigo suyo,
y estrechándole cien veces.
Lloraba al ver tal escena
enternecida la gente,
y por la plaza reinaba
triste silencio solemne,

cuando á interrumpirle vino
otro impensado accidente.
Un caballero embozado
que estuvo de cerca oyéndoles
sobre el semblante el sombrero
y el embozo hasta las sienes.
En medio de la justicia
presentóse de repente.
Desembozóse con brio
y con voz serena y fuerte
dijo: *yo soy el que buscan,*
los demas son inocentes.
Yo maté anoche á don Tello,
testigos hay, que si quieren,
dirán que salir nos vieron
para reñir juntamente.
Nadie dará de esos dos
con la ocasion de su muerte,
y yo daré tales señas
que duda en ella no deje.
Señores, idos con Dios
que si obrásteis noblemente
no es justo que á pagar vayais
lo que á mi me pertenece.

Y asi diciendo y la espada
de su cinto desciñéndose

á manos de la justicia
se dió como delincuente.
Quedaron todos atónitos,
y la justicia y la plebe
sin concebirlo admiraban
en silencio y justamente
en don Luis lo generoso,
y en el otro lo valiente.
Y viendo tal hidalguía
en ambos á dos los jueces
teniendo en don Luis el crímen
por falsedad evidente
dieron su casa por cárcel
y con su palabra fuéronse.
Subieron los tres á ella
y los soldados volviéndose
volvió á llenarse la plaza
con los ociosos de siempre.
¿Qué mas te importa saber
de este cuento? ¡oh buen lector!
Los abrazos que Tenorio
al de Alejandría dió,
del comerciante de Oriente
la magnífica oracion,
el asombro del incógnito
que á don Tello Arias mató,
de Zulima, hoy Eliodora,

el consiguiente rubor
al encontrar otra vez
al dueño que abandonó,
y las dos mil zarandajas
con que imberbe historiador
emborronára papel
y cansára tu atencion,
no son medios que acomodan
á mi actual pésimo humor,
para dar á mi leyenda
competente conclusion.
Basta que sepas que á ruegos
de Tenorio se indultó
del difunto Tello Arias
al bizarro matador:
el cual á Don Luis Tenorio
con fina amistad pagó
la vida que le debia,
rendido á tan gran favor.
Que el Árabe convencido
de que la fé en que vivió
la borrasca no calmaba
de su triste corazon,
á las aguas del Bautismo
su calva frente dobló;
al sacro puerto acogiéndose
de la santa religion.

Confesó que era Mahoma
un impúdico impostor,
y en lugar de las Houries
los ángeles adoró.
Don Luis le dió por esposa
á su hermana Doña Sol
con la mitad de su hacienda
y el tesoro de su honor.
Vivió feliz cuantos años
la existencia le duró,
y aquí concluye mi historia
¡oh carísimo lector!
Solo me resta decirte
que presto se acomodó,
á las costumbres de Europa
y convino en que es mejor,
que tener cincuenta esclavas
que maldicen su opresion,
tener una mujer sola
con cariño y con honor.
Y es mas cómoda una cama
que el mas mullido almohadon,
donde se quedan las piernas
en el suelo y sin calor.
Y es mejor dormir en ella
del vino la exaltacion,
en deliciosos ensueños

de pasajero vapor:
que comer maiz en tortas
y el alcuzcuz y el arroz,
y en borracharse con opio
trepando luego á un balcon,
para escitar en la mente
delirio fascinador.
Que al cabo ataca los nervios
y oscurece la razon,
y torna á los hombres locos
ó necios que es lo peor.

Con eso, lector, si hasta ahora
gratos mis cuentos te son,
Dios me lo premie en el cielo,
demándemelo sinó.
Con que si te placen comprálos,
y con la ayuda de Dios,
haremos cuantos pudiéremos
entre el Editor y yó.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

